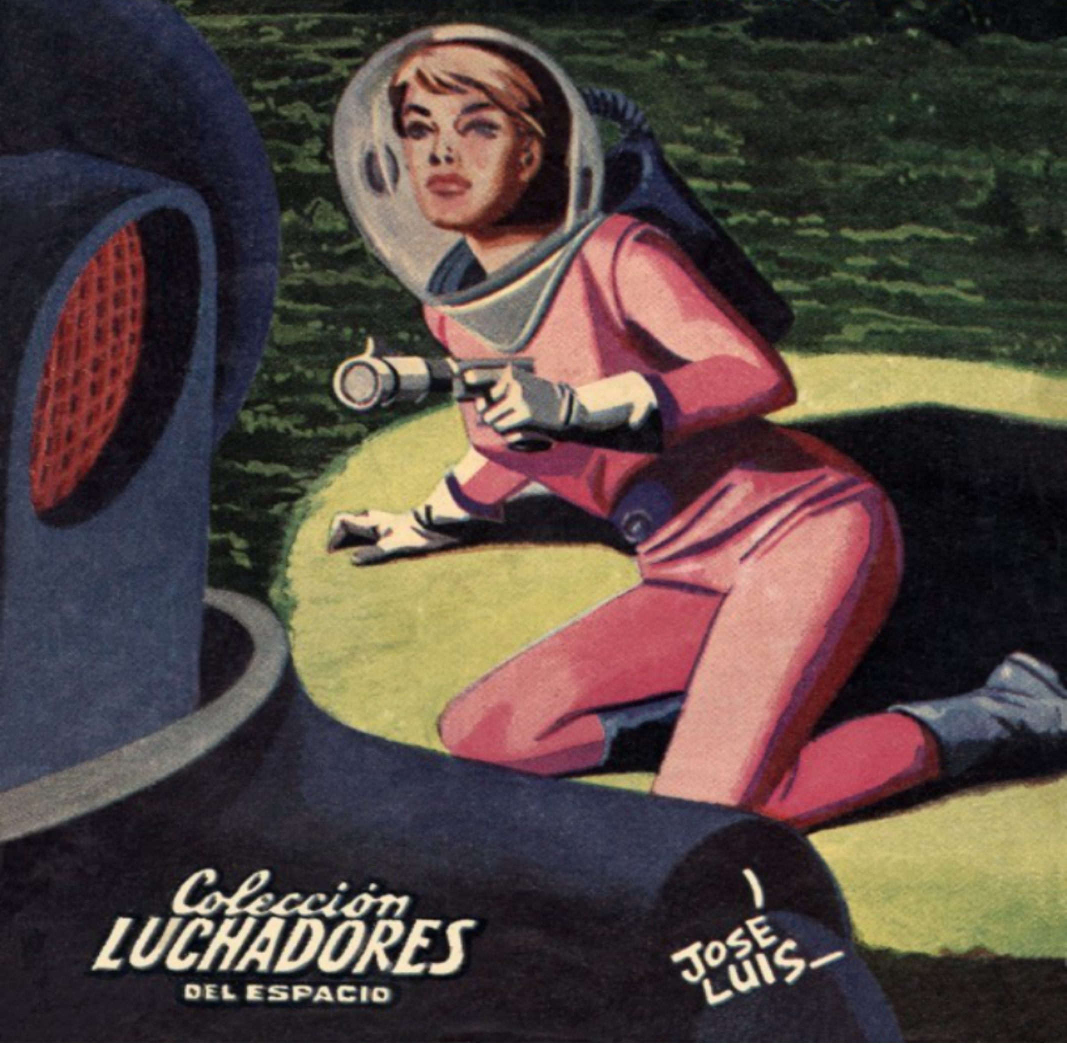

TIERRA de ENIGMAS
JOE BENNETT.
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
JOSE LUIS



Joe Bennett

TIERRA DE ENIGMAS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PERSONAJES

Sandro Warren.- Valiente capitán del D.E.I.
Coronel Morrow.- Jefe de la Base Lunar.
Morgenston.- Médico del «Grupo Diamante»
Clifford.- Astrobiólogo, ídem
Donald.- Botánico, »
Edwards.- Geólogo, »
Lawrence.- Ingeniero, »
Teniente Charlie Falk, »
Sargento Whitman, »
Andy Nogler.- Piloto, »
Damon Strong.- Copiloto, »
Barrie.- Técnico radioelectrónico, »
Rita Ley.- Intérprete femenino, »
Clark y Steve.- Soldados. »

PRINTED IN SPAIN



CAPÍTULO I
BATALLA

Aun desde aquella altura el monstruo ofrecía un aspecto trágicamente amenazador.

Sandro acababa de dar la orden de ataque al llegar a los cien metros y una vez arriba, dando un manotazo a la palanca, se dirigió en un picado casi rectilíneo sobre él. Clifford y Morgenston, que no iban provistos de los eficaces fusiles anestésicos, abrieron dos alas en abanico al derivar hacia los costados. El teniente Falk se zambulló inmediatamente detrás de Sandro y los seis soldados que componían el pelotón zumbaron hacia abajo en un avispeo que la estela de gases de los cohetes convertía en alucinante.

Parecían furibundos halcones humanos embistiendo temerariamente contra una jirafa cuyas patas hubiesen sido acortadas por un capricho de la Naturaleza. Sandro tuvo ocasión de contemplar con mayor detenimiento al monstruo al tiempo que se lanzaba vertiginosamente sobre él. En realidad, no era un lagarto gigantesco como el sargento Whitman había sugerido al dar la noticia de su presencia, pese a que la larga cola, terminada en un

amasijo córneo, le proporcionaba muchos puntos de semejanza[1]. Asimismo, su especie también se podía encasillar entre los animales terrestres antediluvianos... aunque con algunas variantes apreciables.

En primer lugar, su cuerpo recordaba más el de un cocodrilo panzudo que el de un lagarto propiamente dicho, contribuyendo a ello la profusión de rugosidades acorazadas que protegían su piel. Para ser más exactos, todo él poseía reminiscencias directas del brontosaurio paleolítico, con el que debía hallarse emparentado en una rama familiar que el tiempo, el ambiente de Fymo y sus variantes climatológicas, geológicas y atmosféricas habían moldeado hasta darle perfiles propios.

Como el mismo brontosaurio, poseía un cuello de enorme desarrollo y cuatro patas articuladas en la parte posterior en forma de codo. Sus garras, terminadas en grandes y curvas uñas, eran colosales y a buen seguro de una efectividad superior a la de las armas blancas mejor templadas. Sin embargo, su doble cabeza -donde brillaban los saltones ojos-, las fauces de pico chato por las que expulsaba continuamente un vaho turbio y el poderoso acorazado óseo que plaqueaba su cuerpo desde la panza al rosario picudo del espinazo, le diferenciaban notablemente de su cercano pariente el brontosaurio.

Aparte, existían los cavernosos rugidos, broncos y retumbantes como el fragor de una tormenta, y la arrogancia ofensiva que le hacía asistir con impávida prestancia de soldado al ataque de sus enemigos. No habría posibilidad de capturarlo vivo, se repitió Sandro. Aquella bestia enorme se defendería hasta la muerte y quizá les perseguiría implacable cuando sintiese el aguijón de los rayos anestésicos en su testa bicéfala.

-¡Atención! ¡Quiten el seguro a las armas!

Sandro tuvo que dar toda la potencia al amplificador para que la orden llegase a sus hombres a pesar del ruidoso bramar del bicho. A partir de entonces, lo más indicado sería comunicarse con ellos por medio de la radio. No llegó a dar la orden, porque sus hombres obedecían y debía fijar toda la atención en el movimiento envolvente que se proponían ejecutar. Picó como una saeta animada de movimiento autónomo y cruzó, zumbando, a tres metros de las nerviosas cabezas.

El monstruo contempló sus evoluciones con los ojos desorbitados por el asombro y su cola se movió locamente, propinando sonoros latigazos que arrancaron una nube de arbustos. Después de ello, el joven enderezó el picado y describió un semicírculo buscándole la espalda.

-¡Fuego! -gritó.

Charlie Falk y los seis soldados descendían escalonadamente en dirección al enemigo, dibujando en la tenue atmósfera de Fymo rayas blancas producidas por los gases que escapaban de los cohetes acoplados a su espalda. El teniente fue el primero en disparar y un surtidor rojo brotó de

su fusil, estrellándose contra la mandíbula inferior de la cabeza izquierda. Al tiempo que recobraba la altura, la medía docena de soldados martilleó con sus rayos anestésicos en el mismo lugar, obligando a la bestia a proferir ensordecedoras alaridos. Se revolvió, furioso, y acabó empinándose sobre las patas traseras, con lo que su altura se hizo doblemente aterradora.

Como espoleado por un ataque de locura homicida, el anormal brontosaurio empezó a mover las patas delanteras en el aire, con igual destreza que hubiese podido hacerlo un canguro amaestrado y desmesuradamente grande. Los chorros humosos se espesaron, enturbiando el ambiente y envolviéndole en una nube protectora que impedía distinguirle con claridad y, por lo tanto, apuntar debidamente. Dio un salto prodigioso y aún consiguió propinar un manotazo al último de los soldados, que salió despedido contra los altísimos árboles. El espantoso impacto sólo podía compararse al de un hombre que golpease a una mosca en pleno vuelo... con la horrorosa diferencia de que en aquel caso las moscas eran los propios componentes de la patrulla alada.

Sandro desenfundó la pistola protónica y accionó el mecanismo para dejarla en condiciones de hacer fuego. ¡Estaba decidido a disparar como los rayos no le adormeciesen en pocos segundos! Voló transversalmente, abriendo al máximo la muesca de aceleración, y penetró en la nube formada en torno al brontosaurio. Una garra del tamaño de un buey, armada con cuatro curvas uñas que más bien parecían alfanjes asiáticos, penduló junto a su yelmo... ¡y no se lo destrozó por verdadero milagro! Empujó la palanca y planeó casi a ras del suelo, escapando del peligro dando una vuelta completa y ascendiendo a 150 metros.

Un soldado de la patrulla volaba a poca distancia de él. Pudo ver su faz demudada por el espanto y la angustia que brillaba en sus pupilas. El doctor Morgenston, que junto con Clifford y Rita Ley aguardaban el resultado de la caza suspendidos por los cohetes en la fase generadora de gravedad artificial, avanzó hasta Sandro.

-¡La cortina de humo está ocultando al bicho! -gruñó-. ¡Acabaremos por perderle de vista!

-Eso me recuerda la nebulosa que enmascaraba Fymo cuando llegamos. ¿No encuentras puntos de coincidencia?

-Déjate de monsergas, Sandro. ¡Fíjate en esa nube!

-Ya lo veo... ¡maldita sea! -contestó Sandro encolerizado-. ¡Y temo que los fusiles anestésicos sean completamente inofensivos contra él! ¡Ha transcurrido el plazo y sigue dándonos guerra!

-¡Calidoscopios desintegrados! -vociferó Clifford con su habitual vehemencia-. ¿Aún persistes en la idea de cazarlo vivo?

-Creo que lo mejor será acabar con él... como podamos. ¡Oye, Morgenston! ¡Ha derribado a uno de los hombres...!

-Iré a echarle un vistazo -decidió el doctor.

-¡Cuidado! -aconsejó Sandro-. Haz todo lo que puedas por él, pero no te descuides. Los zarpazos son peores que el disparo de un cañón.

Mientras Morgenston accionaba los mandos de los cohetes y descendía hacia el teatro de la lucha, el astrobiólogo se aproximó al joven.

-Acuérdate de mí cuando decidas eliminarlo -rogó-. ¡Me está matando la inactividad, muchacho!

-Prefiero dejar el combate en manos de la milicia. Quédate donde estás y protege a Rita Ley. Procurad manteneros a esta altura, porque, de lo contrario, os alcanzará con alguno de sus fantásticos saltos. ¡Hasta luego! Voy a probar por última vez... Si no da resultado, ordenaré que lo pulvericen a tiros.

Sandro regresó al bosque carbonífero, exuberante triunfo de la Naturaleza vegetal en su más estallante apoteosis, y se quedó estupefacto al contemplar los destrozos que el brontosaurio había causado en tan breve espacio de tiempo. No sólo se veía el amplio claro abierto por sus garras al arrancar los enormes arbustos, sino que, a fuerza de coletazos, cuatro o cinco de los corpulentos árboles pertenecientes a la era Paleozoica Superior aparecían astillados, desparramados violentamente por el suelo y con las nudosas raíces al descubierto. ¡Aquello era inaudito y para lograrlo hacía falta poseer una fuerza que escapaba a los límites de la imaginación!

Los jirones humosos ocupaban ahora un sector considerable y los revoloteos de los terrestres tenían que realizarse por necesidad dentro de la pegajosa niebla que dificultaba más su capacidad combativa. Surgiendo de ella, rojo por el esfuerzo y con el rostro bañado de sudor, el teniente Falk zumbó hacia arriba y se estacionó en el aire, metiendo una nueva carga de municiones prensadas en el depósito de su fusil anestésico.

-¡Charlie! -llamó Sandro.

-¡A la orden, señor!

-¿Cómo va la batalla?

-No muy bien -rezongó Falk con un pesimismo desconocido hasta entonces en él-. ¡Creo que los rayos son un completo fracaso con ese bichejo! Ésta es la tercera carga que me dispongo a enviarle. En el cuerpo no le hacen mella, porque la coraza es superior a la de cualquier blindado mecánico, y respecto a la cabeza bicéfala... ¡Ya ve usted los resultados, señor! Cada vez más enfurecido y nosotros más agotados. Nos está desmoralizando por culpa del humo que arroja sin cesar...

-¡Déme el fusil!

-¿Qué se propone?

-Intentarlo de nuevo. ¡Ha de tener un punto flaco! ¡Veremos si se queda tan insensible cuando le meta todo el cargador en los ojos!

-No podrá, señor... -previno Falk con respeto-. Es imposible acercarse a

menos de diez metros de él. Los remolinos que ejecuta con sus zarpas son fatales...

-¡Déme el fusil, Charlie! Voy a probar. Si falla, no volveremos a emplear los rayos. Esté atento a mi señal, porque habrá llegado el momento de usar las pistolas protónicas. ¿Entendido?

-Usted manda, capitán.

Sandro sonrió para tranquilizarle. Enfundó la pistola y asió el liviano fusil con actitud resuelta. Los terribles bramidos del brontosaurio atronaban la intrincada selva carbonífera, ahogando el gimiente zumbar de los cohetes personales. Dos soldados más salieron de la nube y procedieron a recargar sus armas. Sandro abrió la llave y se precipitó contra la dilatada masa gaseosa dentro de la cual se agitaba una peligrosa mole viva.

La primera señal concreta que tuvo de haber atravesado la cortina -aparte de la diferencia de visibilidad- fue el fatigoso roncar de sus cohetes. ¡Qué distinto a cuando la perforó poco antes! Aquello le hizo comprender que la naturaleza de su composición atacaba a los gases respirables, haciéndolos más pesados y posiblemente venenosos. Por fortuna, el yelmo de su equipo respiratorio le mantenía a salvo de esta amenaza, ya que los terrestres contaban con oxígeno propio. Girando como una veloz libélula, sorteó a uno de los soldados que huía despavorido y se encontró, de pronto, ante una de las cabezas. ¡Con cuán ardiente odio brillaban sus ojos saltones! Movió la palanca y dio un salto hacia atrás.

Algo siseó a su lado, con plúmbea sacudida, y las brumas que le rodeaban se aclararon un poco. Aún tuvo tiempo de ver la descomunal garra que no le había partido en dos, gracias a la rápida evolución. Vio entonces la otra cabeza gemela y parte del tremolante cuello. Los cuatro grandes ojos Se fijaron en él con ansia indescriptible, mientras el continuo rugir parecía convertirse en burlona carcajada de triunfo. El brontosaurio se revolvió, ágil, y saltó hacia él.

Sandro giró la llave y los cohetes, en marcha reversible, expulsaron los gases por arriba, proyectándole hacia el suelo. Las garras encontraron el vacío y las botas del joven resbalaron ásperamente junto a la escamosa panza. Antes de que el monstruo llegase a rectificar el movimiento y le enviase un manotazo por abajo, Sandro abrió la llave y los chorros blancos escupieron sus rizos por el escape posterior de los cohetes, elevándole como un dardo diabólico.

Sólo la serena frialdad ante el peligro le había permitido anticiparse a los lógicos movimientos del animal. Al realizarse el nuevo ardid de Sandro para chasquearle, los rugidos subieron de tono y la segregación de humo llegó a hacerse tan espesa que el joven quedó momentáneamente cegado. Actuando por instinto, disparó el fusil.

El rojo trazo de los rayos alumbró opacamente la endiablada

gasificación que la Naturaleza permitía fabricar al brontosaurio, del mismo modo que tantísimos animales -el calamar entre ellos-, dotados de extraños poderes para atender a su defensa personal, y contempló, horrorizado, como el compuesto anestésico chocaba contra la férrea coraza, resbalaba hacia un lado y se perdía entre los remolinos turbios que ensortijaban el ambiente.

-¡Es invulnerable! -suspiró el joven.

Un prodigioso reflejo le avisó del peligro que corría, dándole un latigazo en el cerebro. Torció la palanca de un codazo y los cohetes le arrastraron con tal rudeza que el tirón de los atalajes le hizo daño en los omoplatos. La pesada cola del monstruo, dotada de extraordinaria movilidad, cruzó ante sus ojos y partió un tronco milenario como si se hubiese tratado de una simple caña podrida.

Sandro quedó aturdido al pensar en las trágicas consecuencias que para su persona hubiese encerrado el golpe. No obstante, el aturdimiento pasó pronto, porque la excitación de los momentos que vivía era el acicate más poderoso para mantener alerta sus cinco sentidos. Ascendió, giró, volvió a ascender y describió rápidos círculos, siempre seguido por los zarpazos de la bestia, sus rugidos feroces y acosado por el increíble corpachón protegido de corazas óseas.

En torno, intuyó más que vio a tres o cuatro de los soldados del pelotón. Todos parecían tan apurados y torpes como él, disparando los fusiles sin apuntar, medio ciegos en aquel caos vaporoso, donde el riesgo de chocar entre sí era tan factible como el de morir despedazado. Sandro había perdido la noción del tiempo. Se propuso atacar y estaba haciendo lo imposible para hurtar el cuerpo. Quería pensar en una infinidad de cosas y sólo lograba crear un laberinto mental del que le sacaba, a golpetazos, su innato instinto de conservación.

Casi sin advertirlo se encontró volando sobre el espinazo del animal. Tuvo que frenar en seco para no estrellarse en sus múltiples protuberancias. Sus propios jadeos le impedían escuchar la sucesión de ruidos que captaban los registros auditivos del yelmo. Estiró las piernas para hacer más perforante su figura y subió rápidamente. Un doble cogote pelado se ofreció a sus ojos y el cuello, inquieto, vaiveneando febrilmente. ¡Se hallaba tras la codiciada presa bicéfala!

No perdió el tiempo en consideraciones, porque el tiempo era tal vez lo más importante en la fantástica caza. Los cohetes tenían carga para diez horas, aunque ignoraba lo que restaría para cumplirse el plazo de *cohetovivencía*. Dibujó un arco por arriba de las vivaces testas y se colocó a menos de dos metros de sus ojos. Estos lanzaban llamaradas de cólera y se encendieron aún más al descubrirle. Aunque Sandro lo veía todo de un modo borroso e impersonal, juzgó que el brontosaurio podría distinguirle a

la perfección, tal vez por estar dotado de poderes idénticos a los nictálopes. Accionó el fusil, apuntó y... ¡zass!

-¡Ahora sabremos si éste es tu talón de Aquiles! -exclamó Sandro cuando el chorro de rayos se introdujo por las pupilas de la cabeza más próxima.

Lo era, en efecto, y tal descubrimiento le inundó de insensata alegría. El brontosaurio lanzó un aullido casi humano, estridente y lastimoso, con el que daba rienda suelta a su infernal dolor. Las contorsiones, remolinos y corvetas que ejecutó entonces no podían compararse a nada de lo que hasta entonces había efectuado. La salvaje locura que pareció poseerle en pocos segundos atontó a Sandro, que en vano buscaba un resquicio en su cerrada guardia para repetir el tiro en la otra cabeza y dejarle privado de la vista. A cada salto, retemblaba la tierra y los añosos troncos se estremecían como a impulsos de un iracundo vendaval. Con una de las garras se había tapado la cabeza herida y el dolor hacía que la estrujase entre sus engarriados dedos.

-¡Capitán Warren a teniente Falk! -clamó Sandro por el micrófono-. ¡Conteste, Charlie! ¡Aprisa!

-Le escucho, señor -replicó la voz alterada de su segundo-. ¿Qué está ocurriendo por ahí? ¡Mis hombres salen despavoridos y la tierra se revuelca de un modo atroz!

-¡Le he metido una descarga en los ojos, Charlie! ¡Parece ser que es el único punto de su cuerpo que carece de protección ante los rayos! Ahora sólo nos falta esperar a ver los resultados.

-Tenía usted razón. ¡Le felicito, señor!

-¡Ojalá logremos adormecerle! ¡Diga a los soldados que...!

¡Chap! Sandro recibió un papirotazo en un brazo y el dolor que le produjo fue tan intenso que soltó el fusil instantáneamente. Con la mano izquierda, mordiéndose los labios, accionó la llave y se deslizó hacia atrás... ¡justo al tiempo que la cola si baba sobre él con la impetuosidad de un alud de hidrógeno sólido! Las nubes humosas le envolvían por completo, desorientándole. A través de ellas, difuminada, vio la garra fantasmal del brontosaurio que iba recta en su busca. Pudo esquivarla por un par de centímetros. Voló de lado, encogido. ¡Otra vez la garra infatigable! Sorteó la sentencia de muerte y descendió... ¡Inútil! ¡También allí se encontró con las uñas voraces que pretendían rajarle! Estaba en todos los lados, acosándole, rondando su cuerpo con tal persistencia que al fin acabaría por lograr su propósito asesino.

-¡Capitán! -gritó Charlie Falk-. ¿Qué le pasa? ¡Conteste, por Dios!

Sandro oía su voz, pero no tenía alientos para responder a la apremiante llamada. Jamás se halló tan ocupado como en tan críticos momentos. ¡Y qué ocupación! ¡No podía desentenderse de ella... porque estaba en juego su vida!

El brazo derecho se le había quedado adormecido, paralizado por el impacto, quizá con alguna fractura de consideración. Se zambulló de lado y la garra, con los acuchillados dedos arañando su casco, fue sorteada de nuevo. ¡Ánimo, Sandro! ¡Tienes que salir de este embrollo! Era una voz angustiada -la suya propia- quien repetía hasta la saciedad aquel lamento desesperado. Un rugido apoteósico le persiguió y notó el desplazamiento del aire que creaba el continuo agitarse de la zarpa criminal. Tiró de la palanca y los cohetes estallaron en un trueno aleonado, empujándole hacia lo alto, donde estaba su salvación.

-¡Capitán, capitán... responda! -insistió Charlie aterrorizado-. ¿Le han atrapado? ¡Hable, señor, le va en ello la vida!

-Estoy... estoy bien... -murmuró el joven, volando en zigzag-. ¡Me ha desarmado! ¡Trataré de remontarme para...!

Un brutal encontronazo le cortó el habla. Afortunadamente, el yelmo había amortiguado la violencia del choque, pero todo su cuerpo se estremeció como si en vez de carne viva hubiese sido una vibrante lámina de acero. Los cohetes seguían impulsándole hacia arriba, forcejeando, pero una fuerza opuesta le cerraba el paso, impidiéndole ascender. Sintiendo por vez primera en su azarosa existencia un auténtico pánico, Sandro trató de averiguar lo que ocurría.

No le resultó difícil, porque... ¡el brontosaurio acababa de abombar el poderoso pecho, interponiéndose entre él y el espacio! ¡Y la garra vengadora bajaba a su encuentro pira despedazarle!

-¡Preparados! -oyó que chillaba Charlie Falk-. ¡Empuñen las armas protónicas! ¡Hay que acabar con ese bicho enseguida!

Hubiese deseado poder revocar la orden, porque el animal le interesaba vivo para su estudio a pesar de todo; pero la apurada situación que atravesaba no permitía semejante derroche de energías. ¡Las necesitaba todas para salvar su piel! Ladeó la palanca y los cohetes, al cambiar de dirección, recobraron su potencia y poder ascensional. No obstante, el recurso supremo llegó demasiado tarde, ya que la garra se abatió sobre él cruelmente. No le alcanzó de lleno, sino que apenas fue una rozadura, puesto que coincidió con su terrorífico arranque. Mas las afiladas uñas desgarraron su uniforme y cortaron, con mágica facilidad, las correas que sujetaban los cohetes a su espalda.

-¡Charlie...! -bramó Sandro.

No pudo decir más. El par de cohetes, liberados de su peso, subieron rapidísimamente y volvieron a chocar contra el pecho del brontosaurio, estallando en mil fragmentos. Sandro perdió el equilibrio, quedó deslumbrado por la explosión y se sintió caer nuevamente, semiflotando, vagando más bien a impulsos de la exigua fuerza gravitatoria de Fymo.

Junto a él pasaron varias saetas humanas, de cuyas armas protónicas

surgieron pálidos destellos. Ninguna de las balas podía atravesar la dura costra del animal, pero formaban extrañas ampollas ulcerosas, que supuraban chorreante grasa oscura. La cola azotaba de un lugar a otro, igual que un látigo apocalíptico, restallando en los árboles y desmenuzando rocas.

-¡Aguanta un poco más, Sandro! ¡Donde quiera que estés... vamos a salvarte! -prometió Clifford a través del micrófono.

El joven capitán del D.E.I. seguía cayendo lentamente, medio inconsciente por el dolor que le producía ahora el brazo lesionado. Algo, quizá la maldita cola, le propinó un zurriagazo en la cintura. Un grito incontenible escapó de sus labios. Después, exhalando un suspiro, acabó por sumirse en la inconsciencia y se olvidó de todo. Ni siquiera advirtió que unas manos suaves le sostenían en el aire antes de que cayese desarticulado en el removido suelo.

CAPÍTULO II
COMIENZAN LAS DESAPARICIONES

Un sentimiento de profundo cansancio se apoderó de él al despertar. Le dolía el brazo, desde luego, pero aquel dolor poco significaba en comparación con el que sentía en todo su cuerpo. Físicamente, podía decir que se hallaba en un estado lastimoso. Notaba los huesos como triturados y los músculos reducidos a débiles tiras de carne. Recordó vagamente la lucha sostenida con el brontosaurio y dejó escapar un gemido involuntario. Luego, parpadeando, abrió los ojos y miró en torno suyo, asombrándose de que aún siguiese vivo y con todas las facultades mentales en orden.

-Ya vuelve en sí, doctor -anunció la cálida voz de Rita Ley-. Acérquese, por favor.

-Hola, Sandro -sonrió Morgenston poco después, arrodillándose a su lado-. ¿Cómo te encuentras?

-Bastante... bien -balbuceó el joven-. Pero juraría que por encima de mí han pasado todas las montañas de este pequeño mundo. ¿Qué ocurrió?

-¡Corpúsculos hidrangíricos! -barbotó Clifford aproximándose también-. ¡Eres el mayor cabezota que ha nacido en la Tierra! ¿No te dije que me avisases antes de empezar con los tiros? ¡Nos has dado un susto de muerte, Sandro!

-El monstruo te arrancó los cohetes y caíste en el vacío -explicó Morgenston pacientemente-. Luego, mientras los muchachos le atacaban con las pistolas protónicas y se revolvía medio ciego tratando en vano de despedazarlos, debió darte un coletazo y perdiste el sentido. No lo hubieses podido contar a no ser por la eficaz intervención de Rita Ley... que te llevó en volandas hasta lugar seguro. Estás bajo los efectos de un magullamiento general, aunque por fortuna no tienes roto nada de importancia vital. Considérate satisfecho.

-Gracias, soldado Ley -susurró Sandro-. Le debo la vida.

La muchacha le sonrió con ternura y se ruborizó como una colegiala.

-Usted hubiese hecho lo mismo en mi lugar, capitán Warren. Además, no tiene importancia. Me limité a arrastrarle lejos del campo de batalla. La vida, en realidad, se la debe al doctor Morgenston que ha estado empleando todos los recursos de la ciencia para tratar de reanimarle.

-La herida de tu brazo derecho es profunda -advirtió Morgenston-. Una de las uñas del brontosaurio desgarró la carne y emponzoñó los tejidos. Te he inoculado un antídoto y creo que podremos vencer la infección. Todo hace preverlo así, puesto que los efectos del veneno son activísimos, y si hasta el momento sigues existiendo es la más elocuente demostración de que acerté en el remedio. De todas formas, te aconsejo que guardes absoluto reposo durante unos días. Ignoramos la reacción a que estarás

sometido en las próximas horas y positivamente no sabemos a qué atenernos mientras no te someta a un detallado examen en el campamento.

Sandro asintió. Miró su brazo, vendado desde el hombro a la muñeca, y se resignó a ser un inválido por algún tiempo. La cabeza, la cintura y las piernas le dolían terriblemente. Intentó incorporarse y Clifford le ayudó, dejándole sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un tronco cuya base medía más de diez metros de diámetro, siempre refunfuñando por la temeraria insensatez cometida al enfrentarse solo con el bicho. Inconscientemente, se llevó la mano izquierda a la frente, apretando sus enfebrecidas sienes. Entonces advirtió que no llevaba puesto el yelmo vítreo.

-El coletazo lo redujo a añicos -le explicó Morgenston-. A propósito, eso me recuerda que debe estar a punto de terminar el período efectivo de la pastilla *oxigen*, que te obligué a ingerir. Tendrás que tomar otra para poder seguir hasta que lleguemos a la base.

Abrió su maletín de *aceroplástic* y separó un tubo conteniendo blancas píldoras del tamaño de un cañamón corriente. La depositó en la palma de la mano de Sandro y éste, de un movimiento rápido, la ingirió.

-¿Hace mucho que me diste la primera? -preguntó.

-Casi un par de horas. Por eso creo que no tardarán en cesar sus efectos de conversión[2].

-¡Dos horas! -repitió Sandro-. ¿He permanecido inconsciente durante tanto tiempo?

-En efecto. Y menos mal que estás dotado de una constitución envidiable. A pesar de que el coletazo no debió alcanzarte de lleno, las consecuencias hubiesen podido ser funestas para ti. Cuando acudí a tu lado llamado por Rita Ley, estabas medio desangrado y, por supuesto, asfixiado. Tuve que ponerme a trabajar con todo ahínco y logré restablecer las funciones pulmonares antes de que fuese demasiado tarde. Te administré la pastilla y entonces procedí a desinfectar la herida, que presentaba una inflamación formidable. Nunca había tenido en mis manos un caso tan furibundo de envenenamiento orgánico. Las uñas de ese monstruo poseen un poder perforante inconcebible y su índice toxicológico no hubiese podido ser neutralizado si transcurren diez minutos más.

Morgenston le sonrió casi paternalmente para darle confianza en sus métodos curativos y agregó:

-Lo curioso de todo esto es la solidificación del veneno en cuestión, Sandro. Es paralizante, ¿comprendes? Se adhiere a los tejidos y agarrota sus funciones, originando la muerte por envaramiento. Pero no se mezcla con la sangre. Una vez en el campamento, tendré que someterte a una operación de cirugía estética, porque el brazo se te ha quedado irreconocible a causa de los muchos cortes que me vi obligado a producir.

-Sí que es curioso -aceptó Sandro.

-Todo lo que hemos podido averiguar sobre el brontosaurio lo es -siguió Morgenston-. La nube que producía a su alrededor también estaba compuesta por partículas tóxicas, de ahí que tu asfixia fuese inmediata al perder el yelmo.

-¡Vaya una máquina de segregar ponzoñas!

-En todos los sentidos, extraordinaria. Y no hablemos de su potencia física. ¡Las balas protónicas sólo lograron ulcerarle la piel! ¡Ni una sola llegó a atravesar la coraza!

Sandro arrugó el entrecejo. Tratando de explicarse lo sucedido, lanzó una mirada curiosa en torno suyo y aún pudo apreciar revoloteantes masas de gases dispersos que vagaban por arriba de los robustos árboles. A unos cien metros de allí, humeando como los rescoldos de una fenomenal hoguera en vías de extinción, descubrió una pirámide amorfa que poco a poco se iba consumiendo.

-¿Es eso todo lo que ha quedado de éi? -inquirió.

-Sí. Se trata de los restos del brontosaurio. No fue sencillo derrotarlo.

-¿Cómo pudisteis vencerle? Si es cierto que las balas protónicas no llegaban a atravesarle...

-¡Pústulas incurables! -exclamó Clifford-. Es el animalejo más duro de la Creación. Tuvimos que enviarle varias granadas de cobalto. ¡Fue el último recurso que nos quedaba por aplicar! Explotó con la violencia de un polvorín y empezó a consumirse...

-Lástima -se condolió Sandro-. No habrá forma humana de examinar los restos, porque dentro de un rato no quedará nada de él, excepto un montón ele cenizas. Me hubiese agradado capturarle vivo.

-Ya sabes que hicimos todo lo posible para ello... tú el primero. De persistir en el empeño, nos habría eliminado en un instante. Espero que la restante fauna de Fymo sea más vulnerable que el brontosaurio, puesto que de lo contrario nos veremos empeñados en una guerra atroz para supervivir en esta tierra. Con la primera demostración hemos quedado convencidos.

-¿Qué fue del hombre derribado antes que yo?

-No hubo salvación para él -contestó Morgenston empezando a guardar en el botiquín los medicamentos desparramados en el suelo-. Acudí a su lado enseguida para ver lo que podía hacerle. Inútil. El zarpazo lo había destrozado interiormente y la sangre brotaba incontenible por su boca, nariz y oídos. Expiró antes de que terminase el somero reconocimiento.

-¡Y no ha sido el único! -gruñó Clifford-. Cuando nos decidimos a arrojar las granadas de cobalto el brontosaurio acababa de causarnos otra víctima. Lo partió en dos de un escalofriante tajo. El soldado murió instantáneamente. Comprenderás que nuestro estado de ánimo lo era todo menos eufórico ante estos resultados. Dos hombres por los que nada podía

hacer la ciencia médica y tú, asfixiado, con los tejidos del brazo endurecidos por el veneno paralizante. Comprendimos que la situación se agravaba y Charlie Falk optó por dejar aparte las contemplaciones. Eso fue lo que nos forzó a emplear las granadas de cobalto. Al menos, han servido para demostrar que es la única arma eficaz contra los bichos acorazados de Fymo.

-¿Dónde está Charlie? No le veo por parte alguna.

-Ha ido al pie de la colina con el resto de los hombres para dar sepultura a los cadáveres -contestó Morgenston-. No tardará en regresar.

Sandro movió la cabeza, apesadumbrado.

-Bonito papel el que hemos hecho -se lamentó-. Creo que el coronel Morrow empezará a lanzar denuestos cuando le informe.

-No temas por el coronel. Tendrá que ir acostumbrándose a las sorpresas de este tipo, porque es difícil esperar grandes triunfos en un mundo desconocido y, al parecer, tan lleno de amenazas como Fymo. Éste no será el único fracaso. Después de todo, aún podemos darnos por contentos. Imagina lo que hubiese sido de nosotros si Charlie Falk no tiene la precaución de traer granadas. La patrulla entera habría quedado destruida.

-Bueno. No hablemos más de ello. Hay que ponerse en camino hacia el campamento.

-Clifford tiene razón. Voy a conectar con el teniente para advertirle que ya estás fuera de peligro y decirle que se apresure a terminar. Aquí no nos queda nada por hacer.

-Desde luego -afirmó Sandro lánguidamente-. ¿Has sacado algo en claro de ese animal, Clifford?

-¡Cien mil lunas viejas! No mucho. Lo único que puedo asegurarte es que no será el único de su especie que ronda por los alrededores. Me da miedo pensar lo que ocurriría si atacase una manada de ellos el campamento.

-¿Crees que viajarán en grupo?

-Pues... no lo sé. Los brontosaurios terrestres no acostumbraban a hacerlo. Eran fieras solitarias y taciturnas. Me he limitado a expresar un pensamiento en voz alta. Claro que no hay base definida para sustentar afirmaciones. Quizá sea yo el equivocado, porque nada habría pasado si le dejamos en paz. Él se ha defendido de nuestros ataques, poniendo en juego las poderosas defensas naturales. ¡Y qué defensas! -añadió por lo bajo-. En fin, el tiempo tiene la palabra.

Morgenston acababa de conectar con Charlie Falk y le puso al corriente de la gran nueva, que el joven teniente acogió con alegría. Ya habían cavado las sepulturas y no tardarían en dar piadosa morada eterna a los soldados caídos en el cumplimiento de su deber. Media hora más tarde

regresó en unión de los cuatro hombres supervivientes, en cuyos rostros se reflejaba el gran cansancio físico que les dominaba y la dolorosa impresión que todavía persistía en sus corazones.

-Celebro que haya escapado con vida -manifestó a Sandro-. No sabe usted los instantes tan amargos que pasamos al interrumpirse la comunicación.

-Ya lo supongo, Charlie. Por fortuna, la cola me alcanzó de refilón y el yelmo quitó fuerza al golpe.

-Tuve que acabar con él, señor -agregó Falk a modo de justificación-. Estaba medio ciego y de haber seguido atacándole en los ojos quizá le huyésemos podido reducir. Pero nos hacía falta más gente y medios adecuados. La nube era tan espesa que no podíamos dar en el blanco. Al producirse la segunda baja y en vista de que usted no respondía a mis llamadas, decidí terminar con la fiera a cualquier precio. Lo siento.

-No importa. Militarmente hablando, ha obrado bien y no merece la pena lamentarse. Más adelante podremos capturar algún otro ejemplar. Esta experiencia nos servirá de mucho.

-Le agradezco que no esté enojado conmigo, capitán.

-De ningún modo, Charlie. Al contrario, me siento orgulloso de su decisión.

Sandro no sentía tal orgullo, en realidad. Mas era estúpido discutir los hechos consumados y, por tanto, irremediables. Siguiendo sus instrucciones conectaron con el observatorio y el sargento Whitman admitió que reinaba tranquilidad en la zona. Ningún otro exponente de vida animal se advertía en toda la extensión circundante. Resolvieron, pues, volver a la base sin dilación. Charlie Falk tomó el mando de la patrulla y entre el doctor Morgenston y Ciifford se encargaron de trasladar a Sandro, evitando en lo posible que sufriera dolor alguno.

Los hombres del D.E.I. les tributaron un cariñoso recibimiento, felicitándoles por la victoria obtenida y comentando con ellos las incidencias de la batalla, que gran parte de los mismos habían seguido mediante los potentes anteojos electrónicos para la observación. Sandro evidenciaba la fatiga que sus heridas y magullamientos le producían, y el propio Morgenston se mostró inflexible, obligándole a retirarse a su alojamiento. Una vez en él, debidamente instalado, procedió a examinar concienzudamente su brazo.

La infección había sido vencida por completo y, aunque persistían la alta fiebre y el dolor, ambas cosas no eran sino consecuencia directa de la operación de urgencia a que tuvo que someterle para salvarle la vida. Le administró una regular dosis de cápsulas somníferas y el maltrecho capitán se durmió profundamente. El largo y reparador sueño sirvió para restaurar sus fuerzas, dejándole nuevamente en condiciones de perfecta lucidez

mental.

El mando del *Grupo Diamante* había recaído automáticamente sobre las espaldas de Charlie Falk, quien procuró en todo momento no abandonar las directrices marcadas por su superior y se preocupó de cumplir con fidelidad el cometido. Antes de que anocheciese (aprovechando la ausencia de impedimentos causados por las extrañas ondas nocturnas), radiaron en cadena para la Base Lunar. Las noticias afectaron bastante al coronel Morrow. Se interesó vivamente por el estado de salud de Sandro y por todo lo relacionado con el brontosaurio. Los profesores del Consejo y el enviado especial de la Tierra, seguían estudiando sin descanso las particularidades y fenómenos de Fymo. Tenían su promesa de que en breve, guiándose por los datos que el *Grupo Diamante* les facilitaba con regular periodicidad, llegarían a una determinación concreta. Se ofreció a enviarles ayuda, pero Charlie la rechazó de momento, alegando que al capitán Warren no le agradaría que otro grupo expedicionario fuese a reforzar el suyo antes de que las circunstancias le obligasen a admitir esta necesidad.

Cuando cerró la conexión fue al alojamiento del joven, dispuesto a informarle. Morgenston salió a su encuentro y le impidió la entrada.

-Está dormido -explicó-. Siga usted ocupándose de todo, Charlie. El capitán necesita descansar y es conveniente dejarle en paz por unos días.

-¿Cree que tardará mucho en volver a prestar servicio?

-Depende de su naturaleza y del efecto que obre mi tratamiento -contestó el doctor tras un segundo de reflexivo silencio-. Hasta ahora, consigue imponerse al envenenamiento y su organismo responde con normalidad. Le he hecho un análisis de sangre. Como ya suponía, los agentes tóxicos no han llegado a contaminarla. Por ese lado estamos libres de preocupaciones. Si las heridas cauterizan con rapidez en virtud del proceso eléctrico a que pienso someterle, creo que dentro de una semana, a lo sumo, volverá a recibir órdenes de Sandro.

-Dios quiera que ocurra así. El capitán es el alma del *Grupo Diamante* y sin él creo que nuestra labor entrará en una fase estacionaria.

-No se desanime antes de tiempo, Charlie. Vamos -añadió, rodeándole familiarmente los hombros-. Le invito a una taza de café. Clifford, Donald y Edwards me están esperando en la cantina mecánica.

-Gracias, doctor. Acepto.

Durante las 230 horas siguientes[3], Sandro experimentó la mejoría por todos deseada y entró en la etapa de convalecencia. Hasta el último germen nocivo había sido eliminado de su organismo y Morgenston decidió operarle para devolver a su brazo la primitiva forma. El paciente se trasladó por su propio pie a la astronave y ocupó la mesa operatoria del completísimo departamento quirúrgico. La intervención de cirugía estética fue un éxito por todos conceptos y Morgenston procedió a la cicatrización

celular por vía de electropuntura, dejando su miembro tan perfectamente cincelado como si nunca hubiese sido víctima del zarpazo venenoso. Una capa de semipiel orgánica ocupó la epidermis natural recubriendo sus haces de músculos, la cual, en un tiempo no superior a 12 horas, se convirtió en materia viva, fundiéndose en la carne, transformándose en piel humana tan porosa, tersa y latente como si siempre hubiese formado parte de su ser.

Le había quedado un ligero anquilosamiento en la región cubital, agudizada en el codo, pero Sandro realizó los ejercicios gimnásticos ordenados por Morgenston y no tardó en conseguir la flexibilidad, fuerza y ligereza necesarias para que el brazo realizase sus funciones específicas. Aunque no tomaba parte activa en todas las ocupaciones, su dinámica influencia volvió a hacerse sentir sobre los expedicionarios y las indagaciones permitieron reunir mayores datos para simplificar el estudio de los científicos del D.E.I.

Rechazó las nuevas ofertas de ayuda que le sugirieron desde el Cuartel General de la Luna, y se propuso seguir solo las investigaciones en Fymo. Morgenston se veía impotente para hacerle cumplir sus prescripciones facultativas encaminadas a devolver el completo vigor a su atlético cuerpo. Las molestias desaparecieron al fin y Sandro, contra la opinión de su amigo que insistía en dar a cada cosa el curso conveniente, se dio de alta a sí mismo y emprendió el arduo trabajo con infatigable animosidad.

Desde que Whitman señaló la presencia del brontosaurio en las proximidades de la Cota *Borde Z-5*, habíanse producido algunos cambios notables en las manifestaciones biológicas del asteroide. Las picas fosforescentes y radioactivas, dotadas de células fotoeléctricas, que registraban el paso de seres vivos, arrojaban con frecuencia informes alentadores. Lo peculiar del caso residía, precisamente, en que los descubrimientos quedaban siempre anotados en las horas del mediodía, es decir, cuando la influencia solar hacía sentir más duramente su tórrido beso. Mediante reproducciones animadas de las superfotografías tridimensionales, proyectaron varios *films* de cinta móvil, y contemplaron algunas de las criaturas que poblaban los bosques ecuatoriales de Fymo.

Volvieron a visionar el paso de otro brontosaurio, tortugas gigantes, arañas de veinte pares de patas, coleópteros de coraza articulada, reptiles descomunales... Una hormigueante y heteróclita fauna cuyas especies abarcaban todo lo conocido... y mucho de lo ignorado hasta entonces. Como anteriormente Donald se había mostrado perplejo ante las variantes botánicas, Clifford maldecía ahora sin cesar, puesto que el trabajo de catalogarlas acababa por sumirle en un dédalo de paradójicas contradicciones.

Las anotaciones, que se contrastaban comparativamente con las eras geológicas terrestres, parecían recrearse en mostrar el lado burlón de la

Ciencia. Nada -o, para ser benevolentes, muy poco- compaginaba con los concienzudos estudios del astrobiólogo. Los reptiles y las aves aparecieron en la Tierra durante los tres últimos períodos de la Era Mesozoica[4]. Los mamíferos llegaron después, ya en plena Era Cenozoica o Terciaria. Sin embargo, en Fymo andaba todo revuelto, desconcertantemente mezclado, y los mamíferos, los pájaros, los reptiles y hasta los insectos nacían, se reproducían y alardeaban de su presencia en una época que el tiempo -inexplicablemente perturbado- parecía haber unificado a gusto de fauna y flora.

-¡Es lo más descabellado que he visto en mi vida! -gruñía Clifford a cada instante-. ¡Microscopía bacteriológica! ¡De veras que acabaré por volverme idiota!

-Procura mantener tu cerebro equilibrado -le contestaba Sandro riendo-. Me interesas cuerdo, amigo. Y al menor síntoma de anormalidad... ordenaré tu reclusión por tiempo indefinido.

-No gastes bromas de mal gusto. Seguiré al pie del cañón hasta ver en qué queda este rompecabezas. ¡Miasmas cósmicas! ¡Idiota y todo continuaré estudiando la maldita ensalada!

Los bichejos fueron perdiendo el miedo a la proximidad y, a veces, llegaron a avanzar tan cerca del campamento que su presencia pudo ser observada sin el empleo de instrumentos ópticos. Nunca atacaron ni se internaron más allá del valle abierto al final de la meseta. Cualquiera hubiese dicho que se limitaban a observarles... casi con la misma curiosidad que los humanos a ellos. Por lo demás, no ofrecían aspecto ominoso ni hicieron pensar en la posibilidad de una incursión por sorpresa. Ante esto, Clifford sacó el tema a colación durante una de las reuniones diarias celebradas en el despacho de Sandro.

-La actividad comenzó a raíz de la batalla -aseguró-. Hasta ese momento, nos habíamos esforzado en vano por hallar pistas y vestigios de vida animal. La flora se .mostraba con lujuriante pujanza; pero cuanto imaginábamos respecto a la fauna fracasó lamentablemente. Fue el sargento Whitman el primero en dar su grito de aviso y aunque nuestro propósito era capturar al monstruo para someterlo a estudio, nos vimos obligados a eliminarle. Todo lo expuesto es comprensible... Lo que resulta en extremo raro es la actual abundancia que por instantes se ofrece a nuestros ojos. Yo diría que la muerte del brontosaurio les ha hecho sospechar nuestra presencia y los exponentes del Reino Animal de Fymo tienen interés en visitarnos. Presumo que en las próximas jornadas aparecerán nuevas especies y la timidez -o la precaución, llamadlo como queráis- desaparecerá por completo. Propongo al capitán que mantenga a los soldados en estado de alarma. Los actos que se deriven de tamaña curiosidad quizá nos lleguen a poner en un aprieto.

-Las medidas han sido ya dictadas -repuso Sandro-. Y contamos con cañones atómicos emplazados para atender a la defensa. Puesto que las armas de cobalto han demostrado su eficacia en el aludido caso del brontosaurio, dispararemos al menor síntoma de agresividad valiéndonos de ellas y de las de tipo nuclear. Hago hincapié en la necesidad de mantenemos tranquilos. El *Grupo Diamante* cuenta con la protección adecuada.

Ésta era la creencia general, desde luego. El eficaz armamento atómico destruiría cualquier amenaza que atentase contra sus vidas. Sin embargo, del mismo modo que las bestias fueron haciéndose más y más visibles, los insondables problemas que ya surgieron cuando el patrullero Foran Ymo aterrizó accidentalmente en el nuevo mundo, repitiéndose, después, con la expedición al mando del capitán Galloway, no tardaron en presentarse de forma imprevista. Las investigaciones habían aclarado, hipotéticamente, algunos de los tenebrosos misterios que envolvían a Fymo. Conocían, por ejemplo, casi todo lo relativo a su constitución geológica, botánica, atmosférica, posición y movimientos astrales, incluso el motivo que impedía advertir su presencia durante el día, gracias a los análisis realizados del compuesto gaseoso que formaba la dilatada nebulosa oscura. Faltaba saber, naturalmente, *qué cosa o quiénes* se encargaban de fabricar la nube. Mas, por el contrario, los enigmas nocturnos persistían con igual impenetrabilidad que en un principio.

De entre ellos, la cuestión de las ondas aislantes era el que más afectaba a los terrestres. Clifford, Lawrence, Damon Strong, Barrie y el propio Andy Nogler (gran aficionado a la electroquímica) trabajaban sin descanso en su resolución valiéndose de los medios deductivos más audaces. Comprobaron reiteradamente que sus emisiones en cadena llegaban a la Luna... pero que las de la Base Lunar no lograban traspasar el desesperante muro aislador. Hasta el presente, el *Grupo Diamante* no tenía registradas más bajas que las ocasionadas por el brontosaurio. Teniendo en cuenta la desaparición de Foran Ymo y de los soldados de Galloway, no dejaban de inquietar a Sandro las silenciosas horas de la noche. Había estado presintiendo que la situación se quebraría bruscamente cuando menos lo esperasen. Este presentimiento llegó a hacerse obsesionante para él.

Antes del toque de queda se ocupaba personalmente de revisar los puestos de vigilancia. Todo seguía sin novedad y los soldados cumplían las guardias reglamentarias con las armas al alcance de la mano. En vista de que la calma se prolongó hasta varios días después de finalizada su convalecencia y habiendo recobrado enteramente el vigor físico, dispuso que una numerosa expedición saliese cuanto antes para explorar las tierras alejadas del ecuador y emitiera informes sobre los helados casquetes polares. Casi llegó a olvidar sus temores y acabó por burlarse de aquel

siniestro presentimiento.

Los preparativos de marcha se llevaron a cabo meticulosamente, sin olvidar ni un detalle, repasando una y otra vez cada punto por insignificante que pareciese. En el campamento sólo quedaría una reducida guarnición, puesto que la escolta armada debía ser numerosa para estar a cubierto de las eventualidades que pudiesen surgir. Fue aquella noche, precisamente, cuando se produjo la primera e inexplicable desaparición.

Sandro estuvo charlando con Clifford, Morgenston y Donald mientras fumaba unos cigarrillos en la cantina mecánica. Al disolverse la tertulia, tal como era su costumbre, dio una vuelta por los alrededores e inspeccionó los puestos de vigilancia. Los soldados se mantenían alerta y bien distribuidos. Ni un mosquito habría podido entrar en el campamento sin que su presencia hubiese sido advertida en el acto. Los inductores eléctricos suministraban corriente a las cercas de *ferrocobrem* y los detectores de aviso extendían sus tentáculos sensibilísimos en todas direcciones.

Sólo existía un medio de cruzar los obstáculos... pero era tan absurdo pensar en que alguien ajeno al *Grupo Diamante* pudiese emplearlo, que incitaba a la hilaridad. Aquel medio, por supuesto, consistía en descomponer los generadores de energía, sin cuyo concurso las defensas se convertían en inútiles. Pero, a pesar de ello, siempre quedarían los hombres y el armamento de que estaban dotados.

El capitán terminó la inspección de ritual y se dirigió al sólido edificio construido con planchas de *Molek* destinado para su alojamiento. Había trabajado activamente durante el día y no deseaba otra cosa que meterse en su saco climatizado. Afuera, en la noche, la temperatura seguía bajando y el frío sólo era soportable gracias a los trajes acondicionados. Entró en la casa, puso en funcionamiento el regulador térmico y empezó a desnudarse.

Cuando corrió el cierre continuo y apoyó la cabeza en la almohada, un suspiro de satisfacción brotó de sus labios. La idea de salir al frente de la expedición que acababa de organizar le entusiasmaba. Casi sin advertirlo, antes de terminar el pensamiento y en virtud del cansancio que sentía, se quedó dormido. El sueño le dominó por espacio de unas seis horas. Luego, intranquilo por algo que martilleaba en su subconsciente, abrió los ojos y se incorporó sobresaltado.

-¡Abra, capitán! ¡El teniente Falk necesita hablarle enseguida!

Las excitadas voces le convencieron de que el subconsciente no había hecho sino llevar a su mente los golpetazos que sonaban en la puerta. La realidad ahuyentó el sueño en el acto. Abrió el saco y saltó ágilmente, sintiendo en su piel desnuda el grato calor que irradiaban las resistencias del regulador térmico.

-¿Quién llama? -preguntó.

-¡El fusilero Dodgeport a sus órdenes!

-Un momento.

Alcanzó un batín acolchado y se lo echó sobre los hombros. Lo primero que hizo antes de correr hacia la puerta, fue dar vuelta al interruptor de luz. Los tubos resplandecientes siguieron apagados. Probó de nuevo... y persistió la oscuridad. Alguien o algo... ¡había interrumpido el suministro de fluido eléctrico! Seguramente, los generadores sufrían averías, en cuyo caso... ¡las cercas de *ferrocobrem*, no podrían frenar el paso de quien se propusiese entrar en el campamento!

-¿Qué sucede, soldado? -inquirió, soltando el pestillo automático de seguridad.

-¡A sus órdenes, señor! -jadeó Dodgeport saludándole-. El teniente Falk me envió a buscarle porque se trata de algo urgente.

-Explíquese -ordenó Sandro haciéndole pasar, ya que no le era posible permanecer aspirando el frío y tenue aire nocturno sin el adecuado aparato respiratorio-. Póngame al corriente mientras me visto.

-¡Ha desaparecido el soldado Lincoln!

Un latigazo magnético no le hubiese causado mayor efecto en tales circunstancias. La oscuridad, el acento medroso del hombre, la indefinible somnolencia que le invadía a causa de no estar completamente despabilado..., Todo influyó para hacer más intensa la irritante confesión.

-¿Quéééé...? -se extrañó el joven impulsivamente-. ¿Sabe usted lo que dice?

--Sí, señor. Estas han sido las palabras del teniente. Le hemos buscado inútilmente por espacio de una hora...

-Aguarde un segundo -atajó Sandro.

Acababa de calzarse las botas y volvió a accionar el interruptor. Ni el más fugaz chispazo alumbró los tubos.

-Es inútil. Todo el campamento está sumido en tinieblas -indicó Dodgeport-. Los técnicos revisan los generadores y no se explican en qué puede consistir la avería...

-Dijo usted que empezaron a buscar al soldado Lincoln hace una hora.

-Así es, capitán.

-¿Cuándo se produjo el corte de corriente?

-Pues... -Dodgeport ahogó una exclamación-. ¡Es cierto! -añadió después.

-¿Qué es cierto, muchacho?

-Ha dado usted en el clavo, capitán. Estamos a oscuras todo ese tiempo. Quizá una cosa sea consecuencia de la otra.

-Quizá -admitió Sandro-. Eso explicaría por qué los técnicos no encuentran el fallo de los generadores. *No existe tal fallo*. Algo imprevisto *neutralizó* las funciones de la central eléctrica.

-¿Una máquina... capaz de anular la fuente del alumbrado?

-¡Si es tan sencillo! ¿Cómo no se nos ocurrió antes? -Sandro seguía vistiéndose apresuradamente, sin prestar oídos a las palabras de su acompañante-. ¡Hay que bloquear un amplio sector circular en torno al campamento antes de que volvamos a tener luz!

-¿Sospecha usted que los causantes del fenómeno se encuentran entre nosotros?

-No es una sospecha. Es una deducción lógica y tan simple que Charlie Falk debió pensar en ella. ¡Aprisa! ¡Lléveme ante él!

Abrió la llave de oxigenación y salió en pos del enervado Dodgeport. Aún no habían avanzado diez pasos cuando se tropezaron con el sargento Whitman, que corría en dirección opuesta. Llevaba una lámpara de pilas concentradas en la diestra y la luz que escapaba de ella iluminaba su rostro, tan alterado como si hubiese tragado parte de su inseparable armónica.

-¡A la orden! -saludó-. Ahora iba en su busca.

-¿Ha ocurrido algo más? -indagó Sandro.

-¡Oh, no, por fortuna! Pero como Dodgeport tardaba bastante, el teniente pensó que tal vez...

-El teniente y usted están demasiado nerviosos. Alumbre el camino, Whitman. ¡Y eche a correr delante de mí!

El trayecto hasta el cobertizo blindado del cuerpo de guardia se efectuó en pocos instantes. La escasa fuerza de la gravedad permitió a los terrestres ejecutar grandes saltos y llegaron a su destino velozmente. Charlie Falk, con cara de perplejidad, no esperó a ser interrogado para relatar lo que sabía. Dos linternas de neón daban luz en el interior del cobertizo, donde, aparte del oficial, se congregaban ocho o diez soldados más.

-Lincoln ha desaparecido, señor. ¡Desaparecido por completo! ¡No hay forma de hallarle!

-Bueno. Cálmese. Gritando no conseguirá nada provechoso, Charlie.

-Perdone, señor. Estoy un poco excitado.

-Ya lo veo. ¿Cómo advirtió su desaparición?

-De pronto, nos quedamos a oscuras. Traté de ponerme en contacto con la central... ¡Los aparatos de telecomunicación interior no funcionaban! Envié un enlace y volvió con la noticia de que reinaba allí la mayor confusión. Los generadores parecían en perfecto estado y, sin embargo, habían quedado parados en seco. No podían explicarse qué diablos ocurría...

-Estaban bajo la influencia de un neutralizador -interrumpió Sandro tranquilamente.

-¿Un neutralizador?

-Exactamente. ¿Cómo no pensó en ello, Charlie? ¿Ha olvidado ya que las ondas impiden la recepción nocturna de los mensajes de la Base? Si son

capaces de conseguir esto, detener el trabajo de la central eléctrica habrá sido un juego de niños.

-Creo... creo que tiene razón -tartamudeó el joven.

-La tengo. Prosiga.

-En vista de que la avería se produjo en circunstancias sorprendentes, pensé que convenía extremar la vigilancia. Rápidamente procedí a ponerme en contacto con los puestos armados. Los televisores no funcionaban e hice uso de los relojes de control a distancia. Todos los hombres respondieron... excepto Lincoln. Su línea estaba vacía... ¡Como si nunca hubiese existido!

-Eso es lo que sucedió con la patrulla del capitán Galloway.

-¿También a ellos, señor? No sabía nada...

-Lo guardé en secreto por orden del coronel Morrow... y estoy empezando a creer que fue un enorme error. Ahora no tengo tiempo para ofrecerle explicaciones, aunque lo haré en la primera ocasión. Todos los miembros del *Grupo Diamante* lo sabrán... ya que quizá el reconocimiento sirva para mantenerles prevenidos. No, Charlie. No me sorprende cuanto dice. Esto no es sino la segunda parte de algo ya sabido... y cuya realización hace días que estoy temiendo. Ahora le voy a hacer unas cuantas preguntas. Conteste rápidamente, porque hemos de actuar a toda prisa.

-Diga, capitán.

-¿Comprobó la línea de Lincoln en el detector general?

-Sí.

-¿Resultado?

-Negativo. Según el aparato, no existía el reloj. He pensado que tal vez haya sido desintegrado...

-No sirve. Eso lo pensé yo también cuando el coronel y el profesor Gingo me citaron en su despacho para encargarme de la misión. Descartado. Creo que el reloj sigue emitiendo la línea... *pero ha quedado fuera de nuestro alcance*.

-¿Quiere decir que... que no está en el planetoide?

-En cierto modo, eso es lo que pretendo darle a entender. Pasemos a otra cosa. ¿Qué puesto ocupaba Lincoln?

-El ala derecha. Segundo centinela del cordón de vigilancia.

-Eso enfrenta con el bosque carbonífero, ¿no?

-Sí, capitán.

-Tenemos algo positivo. Del bosque vino la incursión.

-¿Supone que fueron los animales prehistóricos?

-Ni pensarlo. Ahora se trata de seres inteligentes. Presiento que pronto tendremos ocasión de contemplar a los verdaderos ciudadanos pensantes en Fymo. ¿Ha enviado relevos al ala derecha?

-Media docena de fusileros.

-Conforme. ¿Qué hacen todos estos hombres aquí?

-Creí que era conveniente despertar a la guarnición militar y congregarla...

-¡Dispongan las armas! Usted, teniente, póngase al mando de la mitad y recorra las cercas. Whitman...

-¡A la orden!

-Con el resto, sitúese dando la espalda al bosque... y dispare sin contemplaciones si algo desconocido intenta salir del campamento.. ¡Los causantes de la paralización están entre nosotros!

Hasta la azulada luz de las linternas pareció parpadear ante la rotunda afirmación de Sandro. Charlie le miró medio segundo boquiabierto.

-¿Cómo lo sabe, capitán?

-¡Porque los generadores siguen parados! ¡Adelante! ¡Cumplan mis órdenes!

Falk enarboló su fusil atómico y ordenó a los soldados más cercanos que le siguiesen, mientras el sargento Whitman, a grandes voces, separaba a los restantes. Sandro, dirigiéndose al armero, extrajo una pistola y se apoderó de un cinto del que colgaban, enfundadas, ocho granadas de cobalto. Con aquel mortífero bagaje se proponía realizar una inspección por cuenta propia...

Sin embargo, nadie llegó a salir del cobertizo. De súbito, parpadearon varias luces en el techo. Sonó un leve chasquido y los tubos resplandecientes se iluminaron, inundando de luz la estancia. El joven ahogó una maldición y apretó con fuerza el cinto de las granadas, cebando en él su rabia.

-¡Teniente! -llamó.

-¡A la orden!

-Vuelva a mi lado. No conduciría a nada lo que intentamos.

-¿Por qué, señor?

-Es demasiado tarde. Los generadores vuelven a funcionar. ¿Sabe lo que significa?

Sí. Todos lo sabían ya. Algunos por comprensión; los más, por intuición propia. Mirando fijamente los tubos luminosos, Charlie Falk asintió en silencio.

-Los extraños visitantes han abandonado el campamento -silabeó después.

CAPÍTULO III
SANDRO DEDUCE LA VERDAD

Clifford bebió un sorbo de su taza de café y miró a Donald, que seguía hundido en el sillón de espuma plástica. Morgenston, con la cabeza apoyada en la palma de la mano derecha, fumaba un cigarrillo y sus ojos contemplaban, sin interés, la claridad solar que se filtraba por las ventanas, marcando el lento amanecer de un nuevo día. Sandro Warren siguió paseándose de un lado a otro, igual que una fiera enjaulada, con los brazos cruzados y una profunda arruga de inquietud en la frente.

-Eso es todo -terminó, deteniéndose ante los tres hombres-. He informado al personal de lo ocurrido a Foran Ymo, a los exploradores de Galloway y el triste final que sufrió él mismo a causa del parásito. Sé que todos tienen ahora el miedo metido dentro del cuerpo. Espero que les sirva de advertencia en lo sucesivo y les mantenga con los nervios en tensión. Sólo de ese modo conseguiremos descubrir a los seres cuando nos visiten nuevamente. Y os prevengo que habrá más visitas en lo sucesivo.

-¿Seres? -apuntó Donald.

-De algún modo hay que designarlos, ¿no?

Sus tres camaradas asintieron automáticamente, comprendiendo su intención de calificarlos de aquel modo.

-Tenemos algunos puntos definidos -intervino Morgenston después de succionar su pitillo-. Al menos, eso se desprende de tu conversación, Sandro. Repasémoslos.

-Adelante -alentó Clifford-. ¡Malditos sean los ceríferos mortales de Venus! ¡De la discusión sale la luz!

-Primero -siguió Morgenston-: Los extraños seres neutralizaron los generadores valiéndose de instrumentos de alta potencia. Esto justifica el corte de fluido y la ineficacia de las cercas de *ferrocobrem*. Al cesar la electrificación protectora atravesaron sin peligro alguno las zonas defendidas y se internaron en el campamento.

-Así es -corroboró Sandro.

-Segundo: Hemos deducido que la maniobra paralizadora debió producirse unos veinte minutos antes de que entrasen. Según cálculos, basándose en su probable velocidad de desplazamiento, esto significa que se encontraban a una distancia relativamente larga. El bosque carbonífero resulta el lugar ideal y es, asimismo, el sitio más sospechoso, puesto que la dirección del ataque parte del sector que enfrenta el ala derecha del cordón de vanguardia. ¿Me equivoco?

-En absoluto, Morgenston.

-Tercero: Entraron por la mencionada ala derecha y descubrieron al soldado Lincoln, el cual, al parecer, no se apercibió de su presencia. Sobre

este particular hemos llegado a varias conclusiones, de las cuales, por unanimidad, aceptamos la de que se trata de criaturas que poseen la propiedad de hacerse invisibles. Sea como fuere, lo inmovilizaron, reduciéndole a un estado tal de impotencia que le resultó imposible advertimos de lo que estaba ocurriendo. En previsión de que localizáramos su paradero valiéndonos del reloj de control a distancia... lo hicieron desaparecer *secando la onda de recepción*.

-Justo.

-Aquí flaquean nuestras deducciones -murmuró el doctor en tono de intensa duda-. Clifford opina que deben poseer registros anti-emisores gracias a los cuales los relojes personales no pueden producir las ondas. Donald se inclina por la destrucción del aparato... lo cual es improbable, ya que los agentes desintegrados tampoco existen en el ambiente. Tú, Sandro, afirmas que el *reloj había salido de nuestro alcance*. Lo cual es tanto como asegurar que... no se encuentra en toda la redondez de Fymo.

-Esa es mi idea. Y espero probarla bien pronto.

-Ojalá. Cuarto: Los visitantes se llevaron a Lincoln. Como el reloj no emitía línea y el soldado, según tú, se encuentra perfectamente, nuestros esfuerzos por encontrarlo tropezaron con la nada. Al abandonar el campamento, regresaron al bosque carbonífero y, desde allí, pararon sus instrumentos paralizadores, dejando a la central de energía que reanudase su trabajo. Inmediatamente, empleando medios inconcebibles, se esfumaron y todo volvió a quedar como antes... excepto en lo concerniente a Lincoln, que había sido raptado ante nuestras propias narices. La iluminación general del campamento se produjo al cesar la influencia paralizadora, demostrando con esto que era inútil buscarles, puesto que, volviendo al segundo punto de las suposiciones, nos habían sacado ya una delantera de veinte minutos como mínimo. ¿Qué tal, Sandro?

-La explicación es correcta y se ciñe en todo a lo imaginado.

-.Pero hay .muchos aspectos dudosos -opuso Donald-. Demasiado dudosos.

-Es lógico que suceda así -replicó Sandro-. Cuando no se conocen los orígenes de los hechos, la confusión aumenta progresivamente. Sin embargo, aunque me tildéis de optimista, yo veo las cosas con alguna claridad. Morgenston ha olvidado hacer constar la información de Barrie, quien, como sabéis, se encontraba en la astronave atendiendo a la exploración radárica. Según él, la pantalla señaló la presencia de una mancha indefinible que se aproximaba en la dirección del bosque. Iba creciendo de volumen y, al mismo tiempo, omitía un silbido peculiar. Cuando trataba de investigar a fondo, se oscureció la pantalla y cesó el silbido. He comprobado la hora. ¡Coincide con el corte de luz!

-Lo sé, lo sé... -gruñó Donald, huraño-. ¿Y qué prueba eso? La pantalla

radárica detectó la presencia de la criatura que se proponía entrar en el campamento y quedó apagada cuando la paralización inmovilizó los generadores.

-No estamos de acuerdo -denegó Sandro.

-¡Mil bombas de hidrógeno! -exclamó Clifford.

-¿Por qué no nos explicas ahora tu nueva teoría, Sandro?

-¿De veras os gustaría escucharla?

-¡Claro que sí! -se interesó Morgenston.

-¡Desembucha de una vez! -animó el astrobiólogo.

-Pues, bien... -Sandro Warren reanudó sus inquietos paseos-. Discrepo de la opinión de Donald por muchos conceptos. Él cree que lo que detectó el radárico fue al visitante en cuestión. No. No pudo ser así -remachó con energía-. El visitante no había salido del bosque cuando se produjo la paralización... Fijaos en esto: *No había salido del bosque*. Todo concuerda con el plazo de veinte minutos que hemos asignado para llegar al puesto de vigilancia de Lincoln. Era imposible que la pantalla detectase al visitante... *veinte minutos antes de que Lincoln desapareciese*.

-¿A dónde quieres ir a parar? -interrogó Donald.

-Al principio de esta cuestión. Y el principio se encuentra en la información de Barrie, no en el corte del fluido eléctrico. La pantalla señaló una mancha y un silbido. ¡Alguien se aproximaba a nosotros! Pero estaba aún demasiado lejos. De pronto, llegó la oscuridad y no hubo medio humano de proseguir la investigación. Ahora, puesto que no habéis adivinado la verdad, os diré qué fue lo detectado por Barrie momentos antes de que se manifestasen los agentes neutralizadores: ¡Una astronave!

-¡Sandro! -suspiró Morgenston.

-¡Una astronave! -repitió Clifford dando un brinco y casi volcando la olvidada taza de café-. ¡Toluidinas sintéticas! ¡Qué descubrimiento!

-Asombroso -reconoció Donald despacio-. Confieso que no pensé en ello...

-Lógico, amigos -sonrió el capitán deteniendo su nervioso pasear-. ¡Pensemos con la cabeza en vez de dejarnos llevar por los nervios! Estamos aturdidos, lo admito. Pero eso no es óbice para que olvidemos la más elemental reflexión. Cuanto nos rodea es nuevo, misterioso, sorprendente... ¡Mas no tiene nada de sobrenatural! Invertid la situación. Trasladad a la Tierra un habitante de Fymo y veréis cómo él se encuentra en peor estado que nosotros. Desde un principio, el propio coronel Morrow se empeñó en considerar este asteroide como algo inconcebiblemente sobrehumano. ¡Falso! Nosotros tenemos la culpa de lo ocurrido hasta ahora. ¡Estamos influenciados por un temor supersticioso que nos impide analizar la verdad!

-Sigue hablando, muchacho -rogó Morgenston cuando Sandro abrió un breve paréntesis en su charla.

-Me estoy devanando los sesos desde que llegamos. No he visto nada extraordinario en Fymo... a condición de que lo recuerde todo al margen de apasionamientos. ¡Una mezcla espantosa de hechos conocidos, sí! Admitido. Pero repetiré de nuevo mis palabras: de hechos conocidos. La flora, exceptuando variedades extinguidas en la Tierra, no ofrece problemas. La fauna, con especies nuevas o deformadas, tampoco. El mismo brontosaurio, que tanto nos anonadó, es un derivado -o tal vez un antecesor- del brontosaurio terrestre ¿Dónde está, pues, lo sobrenatural? Os lo diré: en la disposición de las edades geológicas, en la formación atmosférica, en el tiempo que casi parece unificado, en la presencia de este mundo... conforme. ¡Y en nosotros! ¡En nosotros, que nos empeñábamos en hallar aquí una repetición de los astros colonizados!

Sandro se pasó una mano por el rostro y tomó unos segundos para serenar su acaloramiento.

-Fymo es distinto. Sus orígenes, su desarrollo, y su época actual lo son. Eso es todo. No podemos cotejar los descubrimientos con datos recogidos en otros mundos galácticos. ¿Y qué? Sus tierras, sus plantas y sus animales difieren de las de otros planetoides. Debería alegrarnos. Y en cambio... ¡estamos asustados!

-Creo que te apartas del tema, Sandro -apuntó Donald-. Si desde el punto de vista material Fymo es comprensible, recuerda que la desaparición de Lincoln no tiene nada de...

-¡Tonterías! Seguís empeñados en ver fantasmas... y misterios. No lo son, amigos. Podremos descifrarlos bien pronto. Lo que ocurre es que desconocemos las causas que lo motivan. Lo repetiré hasta la saciedad si es preciso. Volvamos a la comparación de antes. En Fymo hay habitantes inteligentes, porque lo ocurrido esta noche basta para demostrarlo. ¿De acuerdo?

-De acuerdo -aceptó al momento Morgenston por los tres.

-Suponed por un instante que uno de ellos sufre un accidente en su nave espacial y toma tierra en América, Asia, Europa... ¡En cualquier rincón de nuestro inundo! Allí todo es distinto, incomprensible para él, ¡*misterioso*! -dijo esta palabra con acento burlón-. Ya sabemos que nuestra atmósfera, rica en oxígeno, lo mataría nada más desembarcar. Y que, aun en el supuesto de que viviese por ir provisto de aparatos respiratorios adecuados, apenas podría moverse debido a la terrible fuerza de atracción terrestre. Dos simples fenómenos, a los que nosotros estamos tan habituados, bastarían para hacerle creer en lo sobrenatural. ¡Y no hay nada de ello! Pero a él se lo parecería. Empezaría a creer que somos criaturas superinteligentes, que nuestro mundo está maldito... ¡Exactamente igual que nosotros pensamos de Fymo!

-Sigues apartándote del tema -recordó Donald.

-Ya volveré a él.

-Déjale continuar, por favor -suplicó Morgenston-. Creo que Sandro sabe lo que se propone. Tiene algo fijo entre ceja y ceja. Sus palabras nos comunican la confianza que necesitamos imprescindiblemente.

-Gracias, Morgenston. Lo que pretendo llevar a vuestro ánimo es la convicción de que exageramos todo lo sucedido en vez de esforzarnos en verlo a través del prisma de la normalidad. Para esto, bastará con que nos situemos en el plano general de Fymo... olvidándonos de la Tierra y los astros conocidos. Sigamos con la teoría del habitante que, accidentalmente, llegó a nuestro planeta. Esto es, en realidad, lo que pasó a Foran Ymo relacionándolo con su llegada al asteroide. Nosotros poseemos en la Tierra poderosas defensas. Cualquier extranjero puede ser eliminado a conveniencia. Si desde aquí enviasen un grupo investigador (y el ejemplo encaja con la expedición de Galloway), igualmente podríamos destruirlo. Habríamos empleado en todo momento un sistema defensivo *natural*. Ningún terrestre se asombraría al conocer los procedimientos. Pero los hablantes de Fymo habrían sacado un concepto terrible de la Tierra y advertirían a sus gobernantes que no entienden nada de lo que ocurre allí. ¿Comprendéis lo que trato de explicar?

--Sí -afirmó Morgenston-. Estás invirtiendo los términos.

-Exactamente. No hago sino repetir lo que nos ha sucedido a nosotros, pero explicado a seres extragalácticos llegados a la Tierra. ¿Cómo reaccionarían? ¿De qué les valdría poseer armas mortales ame las barreras atómicas terráqueas y las invencibles flotas aéreas que nos han dado la supremacía del Universo? ¿Cómo explicarse la vida en nuestras enormes ciudades subterráneas, cruzadas por caminos rodantes, vehículos supersónicos y pobladas de edificios cuyos últimos pisos se hunden en las entrañas de la tierra? ¡Se encontrarían tan desorientados como los hombres del *Grupo Diamante*! Nunca podrían hallar la explicación... a menos que dejasen de establecer paralelismos entre su mundo y el nuestro. Éste es el *quid* de la cuestión. Olvidémonos de la Tierra, muchachos. Penamos que esto es Fymo y obremos como si las cosas no pudiesen ocurrir de otra forma en ningún otro lugar del espacio habitado. Os aseguro que venceremos el complejo de sobrenaturalidad y podremos afrontar la situación con sensatez.

-Está bien -contestó Donald-. No estableceré comparaciones con la Tierra. ¿Qué he conseguido? Todo es distinto y, por lo tanto, nuevo. Pero... sigo sin explicarme la desaparición del soldado Lincoln.

-Yo puedo ayudarte en eso -repuso Sandro.

-¿Con más hipótesis?

-Desde luego. Pero esta vez creo que no llegará a apartarme mucho de la verdad. Hay datos irrefutables.

-Escuchemos lo que puedes decirnos.

-En primer lugar, Fymo es un mundo que no desea ser descubierto. Desconocemos la razón que mueve a sus moradores, pero es innegable. Día y noche, empleando medios distintos, se esfuerzan en ocultar su presencia. No hay nada de extraño, pues, en la circunstancia de que los intrusos sean capturados, ejecutados o, simplemente, reducidos a la condición de esclavos para el resto de sus días. Nosotros haríamos otro tanto, puesto que de este modo impondríamos el silencio necesario para proseguir en el anonimato.

-Eso está claro, Sandro.

-Foran Ymo cayó en el asteroide y comunicó con la Base Lunar. Automáticamente se convirtió en un intruso doblemente peligroso: acababa de descubrir un astro nuevo y, además, informaba del descubrimiento a sus hermanos de raza. Las fuerzas de Fymo se pusieron en actividad y lo capturaron.

-Completamente de acuerdo.

-Poco después apareció el capitán Galloway. Aquellos nuevos seres ya no llegaban fortuitamente, sino que lo hacían con toda premeditación. Eran muchos y llevaban armas. Tal vez resultaba difícil vencerlos a todos y optaron por capturar a dos soldados y aterrorizar al resto con manifestaciones tan incomprensibles que les obligasen a abandonar su tierra. Lo consiguieron.

-¿Y bien?

-Más tarde aterrizamos nosotros. Somos, de iodos los visitantes, los más temibles. Bien armados, competentes y con una astronave superior a lo que llevaban visto. Hemos vencido a uno de sus animales más poderosos, traemos equipos científicos, comunicamos con nuestra base en los momentos que sus ondas no pueden interrumpir las emisiones... Hasta ahora no habían actuado abiertamente. Tal vez creían que una ausencia total de vida animada acabaría por defraudarnos... Se equivocaron, porque ellos ignoran la persistencia y tenacidad propia de los humanos. Ante esto, vuelven a aplicar su táctica de las desapariciones.

-Dijiste que podías explicar como sucedió.

-A eso voy, Clifford. La anterior digresión me parecía obligada en este caso. Perdonad. De acuerdo con las comprobaciones efectuadas reconstruiré el ataque de anoche.

Morgenston dejó caer en el cenicero absorbente el apagado cigarrillo y Donald, atento, se retrepó en el sillón de pluma plástica. Por su parte, Clifford parecía tan interesado que hasta se olvidó de proferir sus clásicos juramentos.

-En algún lugar de Fymo se concentra *toda* la vida inteligente -dijo Sandro-. Ha de ser un sitio pequeño, aislado, y, obedeciendo a los fines de

ocultación que imperan en este mundo, debidamente enmascarado. No es el ecuador, de ello estoy seguro. El clima resulta insoportable hasta para nosotros; y respecto a los animales... los *films* sacados de superfotos tridimensionales muestran que la totalidad están provistos de corazas, son gigantescos y de gran vitalidad física. Mala tierra para ser habitada por criaturas más o menos humanoides a los que, lógicamente, suponemos de inferior constitución corporal. Cuando llegamos ordené a Andy Nogler que efectuase un vuelo de reconocimiento en torno a la zona iluminada de Fymo. Así lo hizo... y esto me hace suponer que también en los casquetes polares ha de ser difícil la existencia. Nos quedan, por eliminación, los sectores templados. Dentro de algún tiempo, los exploraremos a conciencia.

Sandro miró a los tres hombres y sonrió, alentado por la atención con que le escuchaban.

-Desde su cuartel general, sea en tierra firme, en el subsuelo o en una plataforma satélite, lanzaron anoche una astronave -siguió con acento convencido-. Llevaban a bordo instrumentos neutralizadores y venían dispuestos a repetir las anteriores capturas. *No querían destruirnos*. Tan sólo dejar caer la semilla del desconcierto. Barrie, instalado ante el radárico, descubrió su presencia. Tal vez ellos lo *advirtieron enseguida*, y aterrizaron.

-¿En el bosque carbonífero? -sugirió entonces Donald.

-Sí.

-¿Cómo? ¡Los árboles están tan juntos que no existe el menor claro!

-Quizá no aterrizaron... propiamente hablando. Pudieron quedar suspendidos a la altura de las copas.

Donald calló. Se pellizcó, pensativo, la barbilla. Luego, asintiendo, rogó:

-Me parece admisible. Sigue, por favor.

-Antes de enviar a sus captores, pararon nuestra central de energía, dejándonos a oscuras y sin defensas automáticas. En estas condiciones es fácil entrar en el campamento. Fue sencillo aproximarse al ala derecha y vencer a Lincoln. ¿De qué r forma? Ya lo sabremos... cuando se repita la incursión. Volvieron a la astronave, desconectaron los agentes paralizadores y escaparon rumbo a su cuartel general. Ahora, os diré cuales son mis conclusiones.

-¡Condropterigios fluviales! -rezongó Clifford. ¡Como vuelvan les vamos a dar un buen puntapié en cierto lugar del cuerpo!

-Adelante con las conclusiones, Sandro -alentó Morgenston.

-Vinieron de lejos -declaró el joven-. El uso de la astronave lo confirma. Son criaturas de movimientos pesados y, seguramente, de gran desarrollo. Cualquiera de nosotros, aun sin emplear cohetes personales,

puede cubrir la distancia del bosque aquí en un tiempo inferior a veinte minutos. Tienen conocimientos electrónicos muy amplios. La barrera nocturna y su precaución al paralizar los generadores les delatan. No son invulnerables en absoluto... porque temen las cercas de *ferrocobrem* y hasta nuestras propias armas atómicas. Poseen alguna particularidad especial (propia o adaptada) que les permite aproximarse a los humanos sin que advirtamos su presencia. Lincoln se hubiese defendido o dado la alarma de no ser así. No son guerreros... sino científicos. Luchan cerebralmente. Están provistos de un calzado de tipo poroso...

-¡¿Eh?! -interrumpió Donald.

-...que no deja la menor huella en el suelo al pisar -completó Sandro risueño-. Conocen los terribles efectos de los fusiles terrestres, porque al capturar a Lincoln no olvidaron apropiarse, también, del arma. No se deshacen de los prisioneros... hasta que han explorado su mente y extraído de ella todos los conocimientos que atesora...

-¿Cómo puedes afirmar eso? -atajó Clifford, atónito.

-Porque no olvidan un detalle tan genuino como el de los relojes de control a distancia. ¿Quién sino un terrestre puede conocer su utilidad? Otra pregunta: ¿Emplea alguien, aparte de los soldados del D.E.I., este tipo de relojes? ¡Nadie! Esto demuestra... ¡que lo han sabido por miembros del *Departamento de Exploraciones Inter planetarias*!

-¡Foran Ymo! -jadeó Morgenston.

-El mismo. Fue el primero que capturaron -expuso Sandro-. Puede que a estas horas ya le hayan matado... *pero antes se cuidaron bien de bucear en su mente*, por él conocieron las características del reloj, así como lo fácilmente que se puede localizar a su poseedor. A partir de entonces, el reloj es lo primero que hacen desaparecer de sus prisioneros. ¡No pongas esa cara de asombro, Donald! El cerebroanálisis se practica igualmente en la Tierra. Seis electrodos, una cinta grabadora, el sujetador craneano... ¡Ellos saben muchas cosas de nosotros por este medio! ¡Y se previenen de nuestras defensas en virtud de los informes que les suministran las víctimas!

-Supongo que sabrán también a lo que hemos venido, ¿no?

-Desde luego. Y eso es una ventaja, Donald... porque nos respalda el prestigio de la Tierra. No desean desencadenar la guerra, en la que todas las garantías están de nuestra parte. Quieren asustarnos, hacernos retroceder por el miedo, convertirnos en autómatas aterrados como...

-¡Galloway! ¡Ahora me explico lo del parásito! -dijo Morgenston-. ¿Crees que lo hicieron a propósito para confundirnos?

-No me extrañaría. Galloway, enfermo, sufría una amnesia parcial y sus informes fueron vagos. Además, ya sabéis que regresó a la Base Lunar amedrentado. De no haber sido por las medidas del profesor Gingo aún

estaríamos en busca de Fymo. No descarto la posibilidad de que contrajese el mal al internarse en la selva... ¡pero tampoco niego que alguien pudo inocularle el virus microbiano que originó su parásito cerebral!

-Con objeto de despistarnos, ¿no lo crees así, Sandro?

-Podría ser. Quizá ignoraban entonces que Galloway llegaba de la Luna. Ellos saben que tenemos bases próximas, las del Cinturón de asteroides... pero después se dieron cuenta de que luchar con la Tierra era empresa superior a sus fuerzas. Quieren alejarnos sin pelea... y estremecer nuestro ánimo con tal pavor que nunca sintamos el deseo de volver. ¿Por qué no hemos podido encontrar la nave patrullera de Foran Ymo? Galloway la vio, casi intacta. ¡La han ocultado! ¡Así contribuían a fomentar el horror!

-¿Qué podemos hacer? Ahora que acabamos de averiguar tantas cosas, creo que es cuando el problema se presenta más peliagudo...

-Al contrario, Morgenston. Sabemos por donde pisamos... y no volverán a pillarnos de sorpresa. Tengo un plan. Cuando repitan la incursión nocturna, van a encontrarse con la horma de su zapato.

-¿Existe el medio de anular las ondas paralizantes? Creo que si los generadores no dejan de funcionar...

Sandro Warren sonrió abiertamente.

-¿De qué serviría eso? Claro que podemos anular, o desviar al menos, sus rayos paralizantes. Todo es cuestión de estudiarlo a fondo. Pero no me interesa hacerles ver que somos más listos que ellos. Deben seguir creyéndose los dueños de la situación.

-Volverán a entrar en el campamento y se llevarán a otro soldado... -indicó Donald.

-Magnífico. Es lo que deseo. Quiero saber donde se oculta su cubil y el medio ideal es permitirles la entrada. Estoy convencido de que en sus cerebroanálisis no se les habrá ocurrido indagar sobre la radioactividad. Además, hubiese sido inútil, puesto que los prisioneros no sobrepasan el nivel mental corriente. Temiendo todo lo atómico es lógico que desconozcan sus propiedades. Bien, amigos. Pueden anular nuestros generadores y tratar de capturar a alguien más. No va a serles muy fácil... ¡A partir de ahora estaremos protegidos por una condensación de átomos radioactivos!

-¡Cien mil estrellas enanas! -gritó Clifford-. Alguno de tus antepasados debió ser detective, Sandro. ¡Cuenta conmigo para esa fiestecita radioactiva!

-Y conmigo -se adhirió Morgenston.

-Bueno.... no te olvides de mí -pidió Donald con su habitual flema-. Tenía mis dudas y recelos, lo confieso. Pero ahora ya sé que es imposible perder la batalla... contando con un jefe como tú. ¡Eres un diablo,

muchacho!

CAPÍTULO IV
TRAMPA RADIOACTIVA

Mientras duró la luz solar los hombres del *Grupo Diamante* trabajaron sin descanso bajo el personal asesoramiento de Sandro Warren. Su plan era perfecto y muy mal debían salir las cosas para que los resultados dejasen de ser provechosos.

Guiándose por las conclusiones sacadas a raíz de la *visita*, Sandro organizó el sistema defensivo y reunió a los hombres en el edificio más amplio del campamento. Allí les habló lenta y animosamente interrogando a varios de ellos para percatarse de que sus propósitos habían sido comprendidos. Al levantarse la sesión, vio resplandecer la mejor confianza en todos los rostros y de nuevo sintió, casi materializada, la fe que los miembros del *Grupo Diamante* siempre depositaron en sus decisiones.

Por la tarde -provisto de cohetes personales-, realizó una inspección en el bosque carbonífero y aunque, como esperaba, no encontró el menor rastro, regresó lleno de optimismo y con el afán emprendedor que le caracterizaba revalorizado. En síntesis, su plan no ofrecía grandes complejidades. Era, no obstante, peligroso para la seguridad personal del grupo y por ello insistió en que las medidas de precaución debían seguirse al pie de la letra.

En los completísimos laboratorios de la astronave produjeron la fisión del átomo y condensaron en cajas de *vigeplom* polvo radioactivo. Aquel polvo se esparció en torno al campamento, depositándolo a dos kilómetros del cinturón de vigilancia y señalando la zona peligrosa con indicadores de alarma. Ninguno de sus hombres se acercaría sin ir debidamente vestido con el traje antirradioactivo... puesto que de lo contrario la contaminación le alcanzaría produciendo horrendas quemaduras en sus tejidos orgánicos. La dosis radioactiva había sido calculada de modo que la muerte no se llegase a producir hasta transcurridos, cuanto menos, un período de tres días. Ignoraba la constitución física de los habitantes de Fymo y no convenía agotar su resistencia antes de que Sandro pudiese averiguar lo más esencial.

Una vez cumplido el objetivo, el polvo sería desposeído de sus propiedades mortales aplicando el moderno procedimiento de dispersión nuclear, con lo que acabaría nebulizándose y desapareciendo en la atmósfera. Mientras tanto, todo el mundo debería vestir el traje protector fuera de los edificios de *Molek*. Caso de que algún imprudente fuese víctima de la radioactividad, Morgenston intervendría y podría lograr su curación, siempre que las quemaduras no excediesen del *Ciclo 8*, es decir, que hubiesen sido producidas ocho horas antes. Los aparatos de lavado radioactivo, restauración carnal, botellas de pseudoplasma, agentes

combativos, calmantes y sueros para los primeros auxilios, se instalaron en la casa que oficiaba de cantina, convirtiéndola en un ambulatorio de primer orden a la usanza de los empleados en las fábricas de energía atómica terrestres.

-Estamos preparados para recibirles -dijo Charlie Falk alegremente cuando Sandro se interesó por la guarnición militar-. Es más, creo que todos anhelamos su visita, capitán.

-No olvide que deseo el ejemplar o ejemplares con vida. Sólo dispararemos si intentan destruirnos. La trampa esta dispuesta... pero la caza no me serviría de nada reducida a pedazos.

-Descuide, señor. Los hombres han sido advertidos.

-Recuerde que los generadores funcionarán como de costumbre y que el corte de fluido será la señal de alarma. Eso significará que ya nos tienen a tiro y, por tanto, que sus enviados se disponen a venir. Cuenten los minutos y no quiten la vista de las cercas. Creo que no podremos verles, por eso he ordenado a los hombres que vayan provistos de lentes *zulgen*. Hay cuatro proyectores de rayos invisibles *zulgen* montados en distintos lugares del campamento.

-Lo sé, capitán Warren. El profesor Clifford solicitó un piquete de trabajadores para que ayudasen al ingeniero Lawrence en su instalación.

-Cada uno de nosotros llevará a la cintura un contador *Radiotak*, por el que le será posible advertir la proximidad de las ondas radioactivas. Los proyectores iluminarán todo el campo y, en el supuesto de que su forma corpórea no pueda ser captada con los ojos, usarán los lentes *zulgen*, que permiten ver en la oscuridad total gracias al concurso de los rayos.

-Todo está comprendido -asintió Charlie Falk.

-No perdonaré los fallos en esta operación, Charlie. Es muy importante por todos conceptos. Cuando atraviesen la condensación de polvo radioactivo, sus pies habrán quedado contaminados de forma tal que ningún vigilante será pillado por sorpresa. Sabrán cuando llegan por el *Radiotak* y podrán verles usando las gafas *zulgen*. El visitante trae una misión específica que cumplir: capturar un hombre. Por eso deben limitarse a retroceder hasta el cuerpo de guardia y dejar que les siga a poca distancia. Allí se cerrará la trampa. Si perdemos esta gran oportunidad por negligencia de alguien... le prometo que va a pasarlo muy mal, Charlie.

-Quede tranquilo, señor. Los muchachos han repetido las órdenes uno por uno. Nadie se dejará sorprender.

-Eso espero. Nos veremos más tarde. Ahora voy a comunicar con el coronel Morrow.

-¡A sus órdenes!

Sandro mantuvo una extensa conversación con la Base Lunar, poniendo al coronel Morrow al corriente de los últimos adelantos. Las noticias

satisficieron en extremo a Morrow, quien, por su parte, agregó que los estudios realizados por los sabios del Consejo acababan de desembocar en resultados prácticos. El misterio de la nebulosa oscura que envolvía a Fymo en las horas solares habla sido descifrado en el laboratorio de químicos espaciales. Valiéndose de los informes suministrados por el grupo de expedicionarios fueron sometidos a reactivos los diversos elementos básicos de su composición.

En una cámara experimental de la Luna, llegaron a producir la nube opaca y observaron que ocultaba a la perfección los objetos depositados en su interior. Era, no obstante, menos densa y de rápida volatilización, por lo que supusieron que aparte de los ingredientes conocidos debía existir otro -aún no logrado-, que servía para comunicarle densidad y mayor período de permanencia en el aire. Sandro replicó que aquel elemento jamás llegarían a producirlo por medios químicos.

-¿En qué se basa para creerlo? -interrogó Morrow.

-No es un compuesto sintético... sino la substancia natural segregada por metabolismos anímicos.

-¿Sabe usted lo que está diciendo, capitán?

-Naturalmente. Y espero demostrarlo en breve.

-¿Qué le hace pensar así?

-El brontosaurio que nos vimos obligados a matar. Hasta hoy no había reparado en una cosa tan simple y, sin embargo, tan elocuente, coronel Morrow. El monstruo era capaz de producir una nube de naturaleza análoga e hizo uso de ella cuando nuestros ataques se recrudecieron. Comprendo su extrañeza ante mis palabras, pero no me cabe la menor duda de que los habitantes de Fymo aplicaron este sistema defensivo a su propio asteroide... en una escala infinitamente superior, claro. Dicho de otra forma: El brontosaurio les suministró la idea y los medios adecuados para crear su nebulosa de enmascaramiento. ¿Qué opina de la idea?

-Quizá... quizá, Sandro. Transmitiré sus impresiones a Gingo y que él las exponga en la próxima asamblea del Consejo. Después de todo, la razón parece comprensible. No sería la primera vez que el ser humano imita a las criaturas de la Creación. Las astronaves, los buques rápidos para la navegación subacuática y las armas más eficaces... no son sino el resultado de estudios inspirados en pájaros, peces y animales feroces. Tengo tanta confianza en usted, que siempre me inclino a creerle por descabellada que sea la información. Posee un instinto certero que pocas veces ha fallado, Sandro. Todas sus sospechas sobre Fymo se han ido convirtiendo en realidades de forma casi sistemática. Quizá... quizá... -repitió-. No es absurda la idea del brontosaurio...

-Le facilitaré más datos en cuanto me sea posible, señor. Ahora estamos enfrascados en el asunto de las desapariciones, para lo cual se han tomado

las medidas anteriormente expuestas. Si solucionamos el caso a satisfacción, habremos conseguido bastante sobre los pobladores inteligentes de Fymo y tal vez por ellos lleguemos a entrar en contacto con los dirigentes de este mundo, localizando sus ciudades, aclarando su nivel de vida y los progresos alcanzados por sus ciencias aplicadas. Entonces será el momento oportuno para indagar sobre los fenómenos que tanto nos intrigan. De todas formas, si fallasen mis intentos, no creo difícil atrapar a un brontosaurio vivo para su análisis, ya que en los últimos días las células fotoeléctricas han registrado el paso de algunos por el bosque carbonífero.

-Téngame al corriente, Sandro. En la Luna también trabajamos activamente y seguimos con ansiedad sus progresos. Le felicito por las inteligentes disposiciones adoptadas... que no dudo han de resultar un verdadero éxito. Enhorabuena y adelante, muchacho. Salude en mi nombre a sus colaboradores.

-Lo haré, señor. ¡A sus órdenes! Aquí, ocho, cuatro, ocho, *Grupo Diamante* dando por terminada la emisión en cadena...

Se despidió de Barrie, que estaba cerrando los controles, y Damon Strong le acompañó hasta la salida de la cabina de dirección. Antes de abandonar la astronave, llegó a sus oídos el dulzón canto de la armónica de Whitman, a cuyo lado se congregaban los relevos del observatorio. Descendió nuevamente a tierra firme y anduvo hacia el campamento. Por el camino, saliendo de una de las casas prefabricadas, se tropezó con Rita Ley, en cuyas manos llevaba un minúsculo motor de los que funcionaban alimentándose con *loxben* (oxígeno líquido y benzol).

-Hola... soldado Ley.

Ella le saludó y Sandro correspondió al saludo aunque, al menos en aquella ocasión, le hubiese resultado agradable echar por la borda las formalidades de tipo militar. La muchacha vestía, como él, el traje antirradioactivo y la cordial sonrisa que le dirigió desde dentro del yelmo vítreo, tuvo la particularidad de recordarle el primer día que la conoció al pie de la astronave preparada para abandonar la Luna. Seguía tan bella como entonces y, como entonces también, el recio traje lograba sólo atenuar sus muchos encantos, aunque sin llegar a borrarlos.

-Ya veo que se ha preparado debidamente -dijo Sandro señalando el cerrado atuendo.

-Usted mismo dio la orden, capitán. Por eso me apresuré a cumplirla enseguida. Yo sé, por experiencia propia, lo terrible que es desobedecerle.

-Por favor -recriminó el joven con una sonrisa amistosa-. No me recuerde el pasado. Usted no puede comprender lo que lamenté después aquella estúpida escena.

-Eso me dijo el doctor Morgenston.

-Morgenston es su confidente, ¿eh? Ese pícaro goza poniéndose contra

mí...

-Somos buenos amigos. Él me hizo comprender su actitud... y yo dejé de guardarle rencor enseguida. Además, un simple soldado no puede enojarse con su superior. Sería una aberración ¿verdad, capitán?

-Lo sería... tratándose de un auténtico soldado. Pero en su caso es distinto. También Morgenston me estuvo hablando... y comprendí que había actuado con excesiva dureza. Aunque viste uniforme, es una mujer... y siempre lo será.

-Usted cumplió con su obligación. No tenía derecho a permanecer en la cabina. Ni siquiera la proverbial curiosidad femenina podía servirme de excusa.

-Creo que ambos deseamos olvidar aquello -sonrió el capitán-. Entonces nos miramos con odio... y ahora, en cambio, encontramos tan justificados nuestros respectivos comportamientos que casi parece imposible que llegásemos a violentarnos.

-Tal vez porque ahora nos conocemos mejor. Hemos vivido largo tiempo juntos y... y...

-Y sabemos perdonarnos los defectos, ¿no es así? Es usted una buena muchacha, Rita -¡Sandro carraspeó-. Disculpe. Quise decir soldado Ley. Yo debí pedirle de otro modo que me dejase a solas.

-Acaso habría sido peor. Usted tenía sus razones para obrar como lo hizo. Me di cuenta de ello anoche, cuando nos habló de lo ocurrido a Foran Ymo y al capitán Galloway. Nadie lo sabía entonces y si yo me hubiese quedado, no cabe duda de que la noticia habría trascendido a toda la tripulación. Soy demasiado charlatana para guardar un secreto. Obró bien, capitán. He tardado en darme cuenta, pero la lección me servirá para lo sucesivo. No volveré a discutir sus órdenes.

-Verá, soldado Ley... -Sandro la miró a los grandes ojos mientras hablaba-. No quisiera que viese sólo en mí al jefe inflexible que manda para ser obedecido sin rechistar. Las opiniones de mis hombres son estimables y a menudo me esfuerzo en que la colaboración entre capitán y soldado se convierta en una tarea a gusto de ambos. Trato de ser un camarada para todos.

-Lo consigue. Sus hombres le aprecian sinceramente y serían capaces de seguirle hasta el infierno.

-¿Incluida... usted?

-Hemos quedado en que aquello pasó a la historia. Aunque no me lo dijese con palabras, yo sabía que deseaba granjearse mis simpatías. No hay nada que impida mi obediencia ciega a sus mandatos.>

-¡Deseo tener la certeza de otra cosa... Por ejemplo, quiero que nuestras relaciones sean más amistosas. Tráteme como al doctor Morgenston.

-¿Debo considerarlo una orden?

-Es un deseo. Nada más. Cuando usted llegó al *Grupo Diamante* parecía buscar mi compañía y le agradaba discutir sus puntos de vista conmigo. Recuerdo el día que cruzamos cerca de Marte. Atendió mis explicaciones y... bueno; ahora se comporta más fríamente.

-Le admiro igual que antes. Sí, capitán -agregó-. Le admiro. Es usted tal como me lo describió el coronel Morrow antes de agregarme a su grupo.

-Usted ha ganado mucho en mi concepto. La presencia de una mujer la asociaba a posibles conflictos. Ha sabido vencer la dificultad y... y estoy orgulloso de ello. Mi informe será altamente halagüeño. Haré cuanto pueda para que alcance sus aspiraciones.

-¿Mis aspiraciones?

-Dijo que le encantaría traspasar las fronteras del espacio y que haría lo posible por conseguir un puesto en las expediciones de Saturno.

-Tiene buena memoria, señor.

-Ya ve que recuerdo los pormenores. Eso le convencerá de que los problemas de mis soldados siempre me interesan. Le ayudaré en todo momento.

-Y yo también. Estoy deseando poderle demostrar mi utilidad como intérprete.

-Ha demostrado ampliamente su utilidad... y su valor. Gracias a usted estoy vivo.

Rita Ley se sonrojó. Durante unos segundos la fluida conversación quedó interrumpida y ambos se miraron en medio de aquel silencio que daba intimidad a los más sutiles impulsos.

-Olvídelo -rogó ella-. No es ninguna proeza.

-Pero la deuda sigue en pie. Quiero pagársela de algún modo.

En el atractivo rostro se pintó la desilusión. Fue sólo un instante, pero llegó Sandro a percibirlo y vio la fugaz crispación de sus húmedos y carnosos labios.

-Ya entiendo. Por eso trata usted de mostrarse cordial....

-No, soldado Ley -atajó él-. No es por eso. Lo hago porque deseo ser su amigo de corazón.

-¿No le fuerza a ello el agradecimiento?

-El agradecimiento persiste... pero hay que dejarlo al margen en esta cuestión. Todo lo anterior pasó... y quedó atrás. Quiero empezar de nuevo a partir de ahora. Reanudar nuestras relaciones donde las dejamos... aquella vez.

-Nada me haría más feliz, señor.

Sandro le tendió la mano. Ella dudó. Quizá esperaba algo y por eso el joven preguntó suavemente:

-¿Amigos?

-Amigos -contestó, estrechándola.

El acto había sido sencillo y espontáneo, sin rebuscamiento ni torceduras. Era, simplemente, una reconciliación. Con ella, Sandro admitía su brusquedad y Rita Ley aceptaba que tuvo motivos para obligarla a salir. La moral del grupo estaba en juego y no se relajó en absoluto, porque el secreto fue mantenido el tiempo necesario. Sin embargo, a pesar de que moralmente tal reconciliación había llegado mucho antes sin necesidad de pronunciar palabras, él se sintió embarazado al apreciar la turbación de Rita Ley.

Aquel apretón de manos lo emocionó. Sus hermosos ojos brillaban con luz deliciosa y un halo de dulzura flotó entre los dos jóvenes al compás de sus irreprimibles sonrisas. Siguieron sin hablar, mirándose. Y quizá para aliviar la tensión, que se estaba haciendo demasiado expresiva por el calor que comunicaba a sus corazones, Sandro varió de tópico.

-¿Dónde lo lleva? -preguntó, refiriéndose al motor de *loxben*.

-A la cantina -dijo Rita Ley-. El doctor Morgenston lo ha pedido para producir la corriente eléctrica. Le empalmará unos suplementos de cobre y dará línea a un viejo foco de filamentos. De este modo, si necesita practicar alguna operación de urgencia, pondrá el motor en marcha y tendrá luz para realizarla.

-Está bien pensado. Yo no había reparado en ese detalle.

-El doctor es un enamorado de la profesión y se anticipa a los posibles acontecimientos.

-Usted, por lo que observo, también posee cierta vocación de enfermera. Le ha ayudado en todo desde que emprendimos el viaje.

-Lo hago sólo para matar el ocio. Mientras no pueda encargarme de mi verdadera ocupación...

-¡Eh, Rita! -gritó un recio vozarrón a poca distancia de ellos-. ¡Deje la charla y traiga ese cacharro! Tengo mucho trabajo para perder el tiempo esperándola.

Sandro giró sobre sus talones y vio al macizo Morgenston que vociferaba desde la puerta de la cantina.

-Ahí lo tiene ya... reclamándola con mucha discreción -indicó, al tiempo que le saludaba agitando una mano-. No te impacientes -añadió luego-. Enseguida estará a tu lado.

-¡Vamos, lárgate a otra parte, capitán del demonio! ¿Es que no hay nada que hacer en el campamento?

-Temo que Morgenston esté un poco enojado conmigo -rió Sandro-. Es mejor que no le enfurezca por mi culpa. Nos veremos más tarde, soldado Ley.

-Sí, capitán. Hasta luego.

-Adiós y recuerde... Somos amigos.

Rita asintió y se alejó hacia la casa, donde Morgenston, refunfuñando,

la aguardaba para hacerse cargo del motorcito. Una vez lo tuvo en sus manos, se encaró con la muchacha y gruñó:

-¿Qué tripa se le ha roto ahora? ¿Más órdenes?

-No, doctor. Estábamos hablando de nosotros. Quiere... quiere que seamos buenos amigos.

-Le conozco bien. Ándese con cuidado, porque cuando se muestra demasiado meloso es signo evidente de que algo bulle en su cerebro. Póngase a cubierto. Después de las mieles estalla siempre la tormenta.

-Yo también le conozco bien -contestó Rita Ley volviendo el rostro en la dirección que el capitán había seguido-. Sandro es una excelente persona...

-Sandro, ¿eh? -ironizó Morgenston.

-¡Oh, doctor! -suspiró ella adquiriendo el color de una amapola-. Quise decir el capitán Warren...

-Vaya, vaya... Sandro... ¡Ya me parecía a mí! Pase dentro, jovencita. Y no le mire de esa forma. Acabaré por sentirme terriblemente celoso.

-Pero, doctor...

-No me replique -y luego, en tono cariñoso, agregó-: Los dos empiezan a sufrir del corazón, ¿verdad? Se lo dije antes de abandonar la Luna. Hasta le propuse apostar una paga. No quiso aceptar el muy bribón... ¡Estaba seguro de perder!

Aquella noche, pese a las esperanzas y la incontenible excitación que animaba a todos, no se produjo la temida y al mismo tiempo anhelada visita. La habían imaginado con tanta intensidad que constituyó una indescriptible decepción colectiva. Los preparativos, las peligrosas medidas adoptadas y las horas febriles vividas fueron completamente inútiles, puesto que los seres de Fymo, como advertidos por una clarividencia mágica, brillaron por su ausencia.

-¡No es posible que hayan sospechado lo de la trampa radioactiva, mil rayos! -gritó Clifford durante el desayuno-. ¡Aunque sean telépatas no han tenido ocasión de saberlo!

-No, no han tenido ocasión -musitó Edwards, el geólogo, cortando un pedazo de pastel de fermentos vitamínicos con ayuda del tenedor.

-Y si han sometido a cerebroanálisis al soldado Lincoln tampoco habrán sacado nada en claro, excepto nuestras anteriores confusiones -añadió Morgenston-. Lincoln no conocía las intenciones y, por lo tanto, es absurdo creer que haya servido para ahuyentar la caza.

-Todo eso está muy bien... ¡pero lo cierto es que no han venido! -remachó Clifford-. ¡Voto a todas las órbitas del espacio! ¡Tengo ganas de verles la cara a los enemigos!

-Por más que hablemos nada hará variar la evidencia -indicó Donald con su exacto buen sentido-. Estás muy callado, Sandro. ¿En qué piensas?

-Reflexiono -dijo el joven lacónicamente, masticando su filete de carne dulce.

-Me interesa conocer tus reflexiones. Y creo que a los demás también. ¿Supones que se habrán enterado do lo que les reservábamos?

-No. Ellos no conocen la verdad. Estoy convencido. Las defensas radáricas no han registrado presencia alguna y nadie atravesó la pulverización radioactiva, porque nuestros *Radiotak* nos lo hubiesen indicado.

--¿Entonces...?

-Opino que lo han hecho a propósito. La impaciencia es mal enemigo. Sí; eso es lo que se proponen: impacientarnos. Quieren que seamos nosotros los primeros en dejarse arrastrar por la ansiedad... y salgamos de este refugio.

-Pero no lo haremos, ¿verdad? -apuntó Morgenston.

-Naturalmente que no lo haremos. Ahora estamos bien defendidos y tarde o temprano, al darse cuenta de que falla su táctica, repetirán el golpe. Entonces, cazaremos a los que se aventuren.

-Lo peor de todo es la situación -mascculló Clifford-. ¡Casi me siento con ánimos de ir a buscarles las cosquillas!

-Eso sería hacerles su juego, muchacho. Hay que esperar. No conviene precipitarse a última hora. El tiempo es algo que no debe contar en nuestro trabajo, máxime cuando el apresuramiento puede originar la catástrofe. Nos quedaremos aquí, cruzados de brazos, hasta que se dejen ver.

-Ojalá no se prolongue demasiado la espera. Estos trajes antirradioactivos son bastante incómodos y, la verdad, vivir a tan poca distancia del polvo atómico es una amenaza latente -dijo Morgenston-. Hasta ahora no hemos tenido noción de las fuerzas naturales de Fymo. Habiendo poca agua a flor de tierra, no existe apenas la evaporación y las lluvias no se producen. Pero imagina lo que representaría una tormenta en estas condiciones. O un simple vendaval. El campamento quedaría invadido por la radioactividad.

-¿Por qué siempre hay que buscarle el lado malo a las cosas?

-Porque el lado malo, Edwards, es el único que puede causarnos conflictos. Hablando en términos médicos te diré que es mejor prevenir que curar. Por eso se inventaron las vacunas, los sueros y los antídotos. Si la enfermedad nos pilla desprevenidos, la muerte vence enseguida.

-Morgenston tiene razón -aceptó Sandro-. Pero no creo que debamos alarmarnos... ni considerarnos desprevenidos. Los agentes radioactivos son impotentes ante nuestros trajes. Además, la posibilidad de una tormenta la veo muy lejana.

-¿Y si ocurriese?

-La afrontaríamos, Morgenston, tenlo por seguro. Sin embargo, yo

espero que los visitantes se dejen ver mucho antes de que pueda originarse algún contratiempo imprevisto. Están probando nuestros nervios. Vendrán, amigos. No sé cuándo... pero vendrán.

En efecto. Cuatro noches más transcurrieron, sin que por ello se descuidase la vigilancia y los hombres se confiasen en vista de la engañosa paz.

Las pantallas, los puestos, los detectores... Todos y cada uno de los medios defensivos seguían al acecho, buscando el menor síntoma que denotase la proximidad enemiga. Sandro, una vez más, tuvo razón. Y la quinta noche, quizá la más tranquila de todas... se produjo la alarma. ¡Las criaturas de Fymo volvían a repetir la incursión! Había sonado el momento de ver al enemigo... ¡cara a cara!

CAPÍTULO V
NOCHE DE PESADILLA

Tumbado boca arriba, con el saco climatizado abierto y los ojos fijos en el techo de su aposento, Sandro permanecía igual que una imagen yacente, tan inmóvil, inexpresivo y silencioso, como si su cuerpo todo estuviese tallado en frío mármol. No hallaba excesivamente cómoda la posición, aunque sí adecuada a su predisposición de ánimo. Desde más de una hora antes, cuando decidió retirarse a descansar después de la guardia nocturna, le había sido imposible conciliar el sueño. No; no podía dormir. Su mente estaba atiborrada de pensamientos e ideas contradictorias. Por eso, se limitaba a poner un poco de orden en el remolino mental y aguardaba la llegada del sueño meditando.

La tranquilidad del campamento favorecía sus reflexiones. Sólo el tenue sonido de su respiración quebraba la apacibilidad, marcando soplos de vida donde todo parecía muerto. Los tubos resplandecientes estaban apagados, pero la lamparilla del brazo flexible, que ocupaba la parte superior del lecho, seguía encendida, proyectando un estrecho haz de luz que iba a alumbrarle de cintura para arriba.

La reducida iluminación no le molestaba. Al contrario, hacía que sus ojos mirasen con mayor fijeza el techo y que la concentración mental fuese más compacta. Al principio, por lógica asociación de ideas, había recordado las conversaciones mantenidas con sus colaboradores, siempre machacando el mismo tema cuyo eje fundamental era aquella tierra de enigmas. Pero ahora, sin saber por qué, inexplicablemente, los urgentes problemas se diluyeron y entonces pensó con insistencia en Rita Ley.

-Hoy he vuelto a hablar con la muchacha... -musitó-. Sí; no cabe duda de que ya somos buenos amigos. Morgenston estaba delante... y no me gustó su burlona forma de guiñar el ojo. ¿Por qué lo haría?

Sandro se encogió de hombros. Rita Ley... No había razón para preocuparse por ella y, sin embargo, los últimos días empleó más tiempo del debido en recordar su rostro. Era agradable hacerlo. El cabello cobrizo, muy limpio, con aquel tono rojo que indefectiblemente traía a su memoria la visión de las extensas llanuras marcianas. Y los ojos. Grandes, risueños, de color avellana claro y tan... tan...

-¡Hum! -rezongó impaciente-. Acabaré por desvelarme.

Haciendo un esfuerzo, puesto que deseaba de veras concentrarse en sí mismo, bajó los párpados y trató de lograrlo valiéndose de la oscuridad. Pensó en Fymo, en sus animales y en sus dilemas. Pero la meditación duró bien poco. Otra vez Rita Ley ocupó su imaginación y desvió el hilo de sus pensamientos. Dando un suspiro de impotencia, se ladeó en el lecho y buscó un cigarrillo para calmar en él su recalcitrante desazón. Fue entonces

cuando, sorprendentemente, halló toda la habitación a oscuras. ¡Las tinieblas eran tan espesas que ni alcanzaba a distinguir ni la mano palpando a tientas para encontrar el paquete!

-¡Diablo! -gruñó-. Juraría que... ¡Han cortado la luz!

El mismo razonamiento le paralizó. ¡El haz luminoso había cesado! Dando un manotazo, se desprendió del saco y saltó al suelo. Con un frenesí no exento de cierta morbosa ansiedad, pulsó varias veces el interruptor automático, pero no obtuvo el menor resultado. ¡Las líneas no suministraban fluido eléctrico! Aquello sólo podía obedecer al motivo esperado. ¡Los seres de Fymo acababan de neutralizar los generadores para dejar sin efecto las cercas de *ferrocobrem*!

Consultó el reloj fosfórico y tomó nota de la hora. Vertiginosamente procedió a vestirse el traje antirradioactivo. En la operación invirtió apenas un minuto y antes de que transcurriese el siguiente, se equipó con el yelmo, guardó las gafas *zulgen* en un bolsillo y tomó el contador *Radiotak*. Halló su cinto, del que pendía un grueso revólver atómico, en la obscuridad y lo ajustó a toda prisa. Luego, debidamente pertrechado para hacer frente a las eventualidades, salió de la casa y anduvo por el campamento densamente envuelto en tinieblas.

Persistía el silencio, ya que los hombres se atenían a la consigna de hablar lo menos posible. Los edificios para alojamiento, el cuerpo de guardia, el almacén, la cantina y hasta el colosal huso representado por la erguida astronave se asemejaban a un conglomerado de bultos negros resaltando en la propia negrura nocturna. La temperatura, como siempre, había descendido y el frío se hacía sentir, pinchando la carne. Camino del cuerpo de guardia vio brillar la pupila oscilante de una linterna.

-¿Quién va? -preguntó.

-¡A sus órdenes, señor! -fue la respuesta-. Soy Charlie Falk. Ahora iba en su busca. ¿Se ha dado cuenta, capitán? ¡La central eléctrica no funciona!

-Sí, Charlie. Lo advertí enseguida, porque aún no había llegado a dormirme y tenía la luz del flexible encendida. ¿Hay novedades?

Charlie Falk se detuvo ante él, respirando afanosamente.

-Ninguna. Los vigilantes tienen orden de transmitir por las emisoras portátiles de acumuladores cualquier descubrimiento al cuerpo de guardia. Andy Nogler y dos soldados han quedado allí.

-De acuerdo. Espero que aún tardarán algún tiempo en dejarse ver. El corte de energía obedece a los paralizadores. Quizá en estos momentos los visitantes abandonan la nave para venir al campamento.

-Avisaré a los demás, ¿le parece a usted, señor? Clifford, Donald, Edwards y algunos otros miembros del grupo deben estar dormidos todavía.

-Hágalo -concedió Sandro-. Cerciórese de que no hay nadie

desprevenido... ni desprovisto del *Radiotak.* Yo sigo hacia el barracón. He de preguntarle a Barrie si la pantalla radárica registró presencias ajenas en el espacio. Tenga cuidado, Charlie.

El teniente saludó y se alejó de allí a buen paso. El resplandor de la linterna no tardó en ser engullido por la oscuridad y la flotante neblina vaporosa que danzaba fantasmalmente. Mientras se dirigía al cuerpo de guardia, Sandro observó que los cuatro proyectores de rayos *zulgen*, instalados en los lugares altos del campamento, esperaban la señal de entrar en acción. Saludó a los sirvientes y avivó el paso. Tenía las manos heladas y se las frotó contra el cuerpo, intentando devolverles el calor. La calma, cargada de electrizante tensión, comunicaba una extraña punzada en su mente. Al pasar junto a un puesto de vigilancia, el guardián salió a su encuentro.

-Sin novedad en el puesto cinco, capitán -informó-. Todo en orden.

-Mantenga los ojos abiertos, muchacho. Vamos a pasar por una dura prueba.

El interior del barracón destinado a cuerpo de guardia había sido iluminado por faroles de neón con carga líquida. Andy Nogler se puso en pie al reconocerle.

-¿Alguna noticia, Andy?

-Nada, capitán. Acabo de conectar con los puestos. Cada cual está en su sitio.

-Muy bien. Déjeme la emisora.

El liviano aparato de acumuladores, aunque desprovisto del sistema de televisión tan en boga, servía a las mil maravillas para los casos como aquél. El corte de fluido dejaba inservibles las líneas de telecomunicación. Pero los neutralizadores no podían inutilizar los instrumentos de radio con carga propia... independientes de la central eléctrica. A su pesar, Sandro sonrió... porque volver al viejo sistema de intercomunicadores por baterías atómicas significaba retroceder algunos siglos en el proceso científico. No dejaba de tener cierto humorismo. Para eludir la amenaza de quedar aislados era preciso operar valiéndose de medios antiguos. Estableció ahora conexión con el Observatorio.

-Al habla Observatorio. Soy Whitman, señor.

-Pregúntele a Barrie si detectó la presencia de una nave enemiga.

-Un momento.

Andy Nogler comprobaba los relojes a distancia por medio del regulador general, también alimentado por acumuladores. Los parpadeos indicaron que no faltaba ninguno. Miró a Sandro y éste, afirmando con la cabeza, demostró haberle comprendido.

-¡En efecto, capitán! -dijo entonces la voz del sargento Whitman-. Barrie informa que los síntomas fueron idénticos a la vez anterior. La

pantalla radárica señaló una mancha de agudo pitido. Luego, al inmovilizar los generadores, se apagó de golpe.

-Gracias, Whitman. Dígale que no desconecte. Quiero saber la dirección de alejamiento cuando vuelva a reanudarse la corriente. ¿Entendido? Eso es todo.

Devolvió la emisora a Nogler y anunció:

-Voy a dar una vuelta por ahí fuera. ¿Saben su cometido, Andy?

-Sí, capitán. Cuando el visitante acuda hacia aquí atraído por cualquiera de los hombres que persiga, hemos de apagar la luz y abrir la puerta que desemboca en la jaula magnética. El perseguido entrará en ella y saldrá por la abertura superior. El perseguidor, es decir, el visitante, entrará también... pero la salida estará ya herméticamente cerrada y quedará enjaulado.

-Eso es -Sandro consultó el reloj-. Han transcurrido quince minutos. Deben hallarse en las inmediaciones de la concentración radioactiva, quizá pisando sobre el polvo. Mucha atención.

Dio media vuelta y abandonó el barracón. El frío casi polar le hizo estremecer... y lamentar la ligereza de los trajes protectores. Anduvo hacia la cantina, con el propósito de visitar a Morgenston, que debía esperar los próximos sucesos al frente del ambulatorio. Rita Ley estaría a su lado... aquel pensamiento le hizo variar de idea.

Volvió a consultar el reloj. Veintidós minutos exactos habían pasado desde que se produjo el corte. Basándose en los hipotéticos cálculos, los seres de Fymo debían hallarse dentro del campamento... Cuando menos, cruzando las inofensivas cercas de *ferrocobrem*. Y, desde luego, lo suficiente contaminados de radioactividad como para que su presencia fuese inmediatamente advertida por los contadores.

El sonido de unos pasos le hizo volver la cabeza. Un grupo compuesto por varias personas se aproximaba. Reconoció enseguida a los componentes, porque Clifford juraba con su habitual explosividad. La linterna de Charlie Falk alumbraba el camino.

-¡Quetópodos de hielo! ¡Si es el mismísimo capitán Sandro! -anunció.

-Hola, amigos.

-Charlie vino a turbar nuestro hermoso sueño -dijo Donald-. ¿Ha mordido alguien el cebo?

-No lo sé todavía.

-¿A dónde vas? -preguntó Edwards.

-A ningún sitio -contestó Sandro-. Iba dando vueltas por ahí. Os acompaño al cuerpo de guardia. Quizá sepan algo.

-¿Ha estado antes allí, capitán? -se interesó Charlie Falk.

-Sí. Hace un momento. ¿Por qué?

-Por nada. Ardo en deseos de conocer los resultados de esta maniobra.

-Era demasiado pronto para saber algo concreto.

-Y todavía lo será -runruneó Donald-. Esos tipos operan con calma. Aún no habrán tenido tiempo de cruzar las cercas.

Pero Donald estaba equivocado, lo cual fue un bonito tanto a favor de Sandro, cuyas teorías se hubiesen desmoronado si los cálculos llegan a perder su correlación. Andy Nogler les acogió con entusiasmo, brincando de gozo y ruborizándose de emoción.

-¡Han entrado! -declaró, encarándose con el joven-. ¡Felicidades, capitán! ¡Es usted todo un genio!

-Bueno. Guarde las alabanzas para después. ¿Qué pasa, muchacho?

-Nada... y todo.

-¡Morbíferos atmosféricos! ¡Habla claro, voto a todos los xerófagos de Sirio! -apremió Clifford.

-He recibido tres comunicaciones radiadas indicando que alguien ronda el ala derecha del cordón... ¡Otra vez el ala derecha, capitán!

-Y otra vez el bosque carbonífero -añadió Sandro.

-Es indudable que proceden de allí. Sea una nave espacial o cualquier otro medio, elijen el bosque como punto de partida, ya que uno de los mensajes salió del segundo puesto de vanguardia. O sea, el que ocupaba Lincoln aquella desgraciada noche.

-Bien, bien... No Se ande con rodeos. ¿Qué informaron?

-¡Radioactividad, señor! Los tres soldados se previnieron cuando el contador registró las ondas. Uno de ellos trató de acercarse al punto de origen... y la criatura retrocedió. Fue imposible localizarle, porque la detección se hizo muy débil. ¡Estaba huyendo!

-O no le interesaba atacarle.

-¿Qué puede significar eso? -susurró Edwards.

-Quizá... que han venido a cazar una pieza más importante. Lincoln no les dio el resultado apetecido -Sandro frunció las cejas-. Necesitan un miembro en cuyo cerebro haya datos abundantes. Un pez gordo, hablando vulgarmente.

-¿Quieres decir que te buscan a ti?

-No lo sé, Clifford. Es posible. Eso poco importa. Lo esencial es que los contadores sirven magistralmente para señalar su proximidad y de este modo no existe la sorpresa. Dígame, Andy: ¿Llegaron a verlos?

-No. Sólo las ondas materializaron su presencia.

-Claro. ¡Suponía que eran invisibles!

-¿Seres invisibles? -suspiró Donald.

-¿De qué te asombras? No es ningún milagro. El profesor Gingo me habló de tratamientos especiales... y también existen los cascos llamados *Invility*[5]. Cualquier terrestre equipado con él puede desaparecer ópticamente. Sigue material, vivo, corpóreo... pero invisible para el ojo humano. No, no me sorprende. ¡Charlie! -llamó.

-¡A sus órdenes!

-Que empiecen a funcionar los proyectores. Pase instrucciones para que los hombres empleen las gafas *zulgen*. Corra la voz de que el enemigo está dentro de la base.

-Enseguida.

-¿Cuándo actuamos? -quiso saber Clifford.

-Cuando sepamos a donde dirigirnos. Depende de las noticias. Los hombres irán facilitándonos detalles y estrecharemos el círculo en torno a los enemigos. Pero hay algo que me preocupa...

-¿Qué es ello?

-Andy -pidió Sandro-. ¿Comprobó la hora de las llamadas?

-Sí.

-¿Fueron seguidas?

-Sí. Una a continuación de otra.

-¿Y los puestos? ¿Estaban próximos?

-Pues... -Andy Nogler perdió el entusiasmo-. Creo... creo que no.

-¡Hay varios enemigos! -dictaminó Sandro Warren.

Charlie Falk se instaló ante la emisora y abrió el contacto general para radiar las órdenes de Warren. Antes de que comenzase a hablar, Sandro recabó su atención con un ademán.

-Escuche, Charlie: ¿Han sido avisados todos los miembros de la expedición?

-Sí, señor.

-Entonces, no hay que alarmarse por anticipado. Estando todos despiertos y alerta no podrán capturar a nadie. Bien. No importa que se trate de uno o varios seres. Antes de diez minutos serán descubiertos y caeremos sobre ellos, aun en el supuesto de que se obstinen en retroceder...

-Capitán -dijo Charlie.

-Hable, teniente.

-Pues verá, señor. Ahora recuerdo algo que me dijo el doctor Morgenston. Iba a cumplir el encargo cuando nos tropezamos con usted y... y lo olvidé por completo. Debió ser por culpa de la maldita curiosidad.

-No emplee divagaciones para justificar su descuido. Charlie. ¿Qué es ello?

-Otros dos soldados más, aparte de mí, se dedicaron a despertar a cuantos dormían. Yo fui a por usted, a los alojamientos del grupo que traje hasta aquí y a la cantina, donde el doctor Morgenston se mantenía en vela. No hallé con él a la señorita... al soldado Ley, quiero decir... y el doctor me dijo que la envió a descansar en vista de que la noche transcurría con tranquilidad. Prometí avisarla y...

-¡Rita Ley! -cortó Sandro-. ¡Quizá esté aún dormida!

-Perdone, señor. Ahora mismo me ocuparé de ello y...

-No se mueva de ahí... y transmita las órdenes que le he dado, Charlie. ¿Cómo olvidó una cosa semejante? ¿No comprende que ella puede ser víctima del ataque enemigo, sin que tenga la menor posibilidad de darse cuenta? ¡Apresúrese, teniente!

¡Que enciendan los proyectores y que todos los hombres de guardia empleen los lentes *zulgen* al producirse oscilaciones en sus *Radiotak*!

-¡A la orden!

-¿Dónde vas, Sandro? -preguntó Clifford, al percatarse de que el joven se disponía a abandonar el cuerpo de guardia.

-Hay que despertar a Rita Ley y prevenirla. Ignoramos la clase de armas que pueden llevar nuestros visitantes... pero no es necesario que sea muy poderosa para descerrajar una puerta. Si se produce la peregrina casualidad de que elijan la de esa muchacha... ¡sería una presa fácil estando dormida!

-Te acompaño.

-No es preciso.

-Pero...

-Basta, Clifford. ¡No seas calamidad! Llevo un revólver atómico y sé defenderme... si llega el caso. Vosotros quedaos aquí. Quiero saber dónde está la gente para utilizarla en el momento adecuado.

Charlie Falk conectó con los soldados a cuyo cargo estaban los proyectores y les hizo saber las órdenes del capitán. Clifford, no muy conforme con la idea de dejarle partir solo, masculló entre dientes. Sandro, enarbolando el *Radiotak*, salió del barracón y cerró la hoja de *Molek* a su espalda con seco y enfurecido portazo. Comenzó a caminar deprisa, maldiciéndose interiormente por no haber realizado su visita personalmente a Morgenston.

-¡Ese estúpido! -espetó mentalmente-. ¡No puede uno confiar con nadie! ¡Si le ocurre lo más mínimo a Rita le voy a...!

Interrumpió la amenaza a mitad pensamiento, extrañado por la apasionada vehemencia que ponía en ella. ¡Además, estaba llamando Rita al soldado Ley!

Tal vez se inquietaba sin motivo por aquella chiquilla encantadora. Y, desde luego, debía esforzarse para suprimir aquellas familiaridades en el trato.

-Es un soldado más bajo mis órdenes... y yo tengo que responsabilizarme de su seguridad -rezongó malhumorado-. No hay nada de extraño en mi interés.

Pero algo en su interior, desde lo hondo del pecho, tomó a burla la reflexión. Estaba colérico por el descuido de Charlie. Demasiado. Llamó *calamidad* a su incondicional amigo Clifford... Aparte del lógico interés, influía su sincero aprecio por Rita, a la que deseaba librar de cualquier

peligro. Intentó dominarse y mostrarse ante ella con la fría ecuanimidad de siempre.

En el campamento persistía la oscuridad, una oscuridad de boca de lobo, acentuada por el frío y la niebla. También el silencio adquiría proporciones notables. El menor ruido podía ser captado con nitidez. Antes de que la impaciencia llegase a dominarle, se halló ante el edificio que albergaba a Rita Ley. Repiqueteó en la puerta con los nudillos y bajó los ojos, fijándolos en la esfera del *Radiotak*, cuya aguja seguía inmóvil. ¡Ni el más ligero vestigio de radioactividad!

-¡Menos mal! -suspiró-. Nadie contaminado pasó por aquí.

Repitió la llamada con mayor energía, usando los puños cerrados. Alguien se revolvió dentro de la casa y una voz soñolienta murmuró algo ininteligible.

-¡Soldado Ley! -llamó-. ¿Me oye?

-¿Eh? ¿Quién... quién llama? -inquirió ella.

-¡Vamos, despabílese! -ordenó Sandro recobrando su acento autoritario-. ¡Salte de la cama y vístase! Le aguardaré aquí.

-¿Ha sucedido algo anormal, capitán? -Rita hablaba ya con claridad y hasta él llegaron los sonidos que producía al abandonar el lecho-. Siento que me haya pillado dormida como un tronco. El doctor Morgenston me rogó que viniese a descansar... ¡Capitán! -casi gritó.

-Diga. ¿Hay alguien con usted? -interrogó Sandro, llevando instintivamente la mano a la pistolera.

-¡Oh, no, por Dios! ¿Cómo ha podido pensar eso?

-Discúlpeme, Rita... ¡Ejem!... Discúlpeme, soldado Ley. Mi pregunta está motivada por razones de seguridad...

-Comprendo. Ya sé ¡o que quiere decir. Acabo de advertir que no funcionan los tubos resplandecientes. ¡Han cortado la luz!

-Adivina lo que significa, ¿verdad?

-¡Los habitantes de Fymo se proponen visitarnos! -exclamó ella-. Me visto en un segundo. -añadió rápida-. Enseguida soy con usted.

-No se olvide del protector, el *Radiotak* y los lentes -recomendó el joven-. Pueden hallarse cerca de aquí.

Mientras aguardaba, inició una serie de cortos paseos arriba y abajo. Seguía nervioso, a pesar de que toda su tranquilidad debió haber desaparecido al encontrarla sana y salva. Los paseos ayudaron a que sus pies recobrasen el calor que la gélida noche iba quitándoles. Miró el *Radiotak*. Nada. Prestó oído. Silencio absoluto. Lamentó la necesidad de llevar calado el yelmo... porque aquella era una de esas ocasiones en las que se agradece un cigarrillo. Rita Ley tardó menos de cinco minutos en dejarse ver, pero a Sandro le parecieron una eternidad. El cierre automático produjo un chasquido y ella abrió la puerta.

-Estoy terminando, capitán -dijo-. Pase dentro. Estará mejor.

Sandro asintió. La oscuridad permitía apenas siluetar su figura. Comprendió que llevaba puesto el traje antirradioactivo por el especial crujido de la tela. Su habitación se mantenía agradablemente caldeada, a pesar de que las resistencias, como todo instrumento alimentado por medios electrónicos, no funcionaban.

-Permítame, soldado -dijo, ayudándola a colocarse el yelmo-. ¿Le asustaron mis golpes?

-Un poco... ¡Es tan emocionante cuanto nos rodea!

Sandro acababa de descalzarse los guantes y sintió sobre su piel el sedoso contacto de los cabellos femeninos. Por primera vez desde que la conoció podía sentir la turbadora proximidad y saborear enteramente el encanto de su personalidad física.

Apretó los sujetadores y su mano, fría, se encontró con la de ella, suave y cálida, al buscar la llave de oxigenación. La retiró enseguida. Luego, por decir algo, preguntó:

-¿Respira bien?

-Perfectamente. Gracias, capitán.

-No las merece -recogió el guante y añadió-: Tome el contador y las gafas.

-Estoy dispuesta.

-Vámonos. La dejaré en el cuerpo de guardia, junto a los profesores Donald y Clifford. Yo quiero dar un vistazo a los puestos. Esta tardanza en producirse los resultados es algo que empieza a molestarme.

-¿No sería mejor que me llevase con el doctor Morgenston?

-Tal vez. Sí. En el ambulatorio estará usted a gusto.

Salieron de la casa y cerraron la puerta. Sandro echó a andar delante de ella, manteniendo el brazo derecho extendido y el contador en la mano. Cuando llevaban avanzados unos metros, musitó:

-Aprecia usted mucho al doctor, ¿no es cierto, soldado Ley?

-Sí -contestó Rita-. Nos entendemos a maravilla. Además... ¡ha tenido tanta paciencia conmigo! De no ser por él, hubiese acabado enfermando de aburrimiento. El doctor me ha enseñado a vendar en los casos de urgencia y otras muchas cosas de medicina experimental. Es delicioso en la intimidad.

-Estoy de acuerdo con usted -gruñó Sandro-. Morgenston posee apostura suficiente para atraer las simpatías de cualquiera... a pesar de su madurez.

-Hablaba de sus cualidades morales. No interprete mal mis palabra, capitán.

-Comprendo.

-También es agradable intimar con usted -dejó deslizar pasados unos segundos de silencio.

-Pero conmigo nunca ha estado tanto tiempo a solas... y temo que no podría enseñarle nada nuevo.

-Se equivoca. Su conversación es interesante... e instructiva -añadió al ver que Sandro la miraba de soslayo-. Él me ha hablado de medicina. Usted de los astros. Cada cual, en su cometido, se ha esforzado para que la insignificante intérprete del *Grupo Diamante* encuentre...

-Tap... Tip... Tap...

Un sonido tenue, espaciado, brotó de la pila del *Radiotak*. Los golpes, iguales al acompasado latir de un lento despertador, quedaron flotando en el ambiente. El ritmo siguió uniforme, sin alteraciones, pero resultó casi siniestro cuando ella dejó de hablar. Sandro, tenso, quedó paralizado. La niebla y el frío parecieron agudizarse. Monótono, vacuamente, el registro sonoro del *Radiotak* mantuvo la cantinela de aviso.

-Tap... Tip... Tap... Tip...

La aguja se movía... ¡Se movía! Estaba muy baja en la esfera, casi pegada a la primera marcación en rojo. Las ondas llegaban desde lejos y, por lo tanto, dispersas.

-¡Radioactividad! -susurró el joven-. ¡Uno de los visitantes se están acercando en esta dirección!

-Capitán... -dijo Rita-. ¡Oh, capitán!

-No se alarme. Esto es lo que tanto hemos deseado. ¡Maldita niebla! ¡No podremos verle hasta que la aguja señale, por lo menos, hasta la raya diez!

-Tap... Tip... Tap... Tapap... Tapip...

-¡Se acerca! -avisó Sandro, al percibir la variación rítmica del contador-. Viene directo hacia aquí!

Asió a la inmovilizada Rita de un brazo y la arrastró hacia la casa más próxima. En el silencio que presidió sus movimientos, el repique del *Radiotak* se intensificó. Empezaba la aceleración, signo de ondas progresivas... ¡Y cada vez eran más fuertes!

-Trapatá... Trapatí... Trapatatrá...

La aguja giró sin oscilaciones y pasó la mediación en rojo. Siguió ascendiendo... Sandro, con los ojos fijos en el contador, repitió mentalmente las cifras. Dos... tres... cuatro... cinco... ¡Estaba llegando!

-Capitán... ¿No cree que convendría avisar a los demás?

-Manténgase quieta y no hable -ordenó Sandro, pegando la espalda a la pared de la casa y obligándola a imitarle-. No podemos movernos de aquí, ¿comprende? Otros soldados habían detectado su presencia... pero perdieron la pista al variar el sitio. Déjele que venga, que nos descubra... Entonces, lentamente, nos encaminaremos al cuerpo de guardia.

-¿Y si nos ataca?

Sandro se encogió de hombros.

-No lo espero... -replicó-. De todas formas, nada de violencias. Usted manténgase siempre a mi espalda. No usaremos las armas... salvo en el caso de que peligre nuestra vida. ¿Estamos de acuerdo?

-Sí, pero...

-¡Ssssss...! -chistó él-. El contador marca ocho rojo. Colóquese las gafas. Los proyectores barren el campo en todas direcciones y a pesar de la niebla podremos darnos una idea de su forma corpórea.

-¿Es que son invisibles?

-Por favor, Rita, no me haga ahora más preguntas.

Después de pronunciar estas palabras, Sandro se mordió los labios. ¡Otra vez se le había escapado el nombre! Creyó que ella, dada la intensidad emocional de aquel momento, no se habría percatado. Acaso por esto, ladeó la cabeza y la miró. Rita correspondió a su mirada, con una extraña luz brillando en sus grandes ojos... y sonrió. Sí. Percibió el desliz de Sandro. Lo captó enseguida. Tal vez, estuvo esperando que se produjese nuevamente.

-Me ha llamado Rita, capitán -musitó en un hilo de voz-. Y no es la primera vez que lo hace esta noche.

-Lo siento... Se me escapó... Ya sé que no tengo derecho, pero...

-No importa que me llame así, capitán. El doctor Morgenston lo hace.

¿Qué diablos le estaba ocurriendo? ¿Por qué sentía aquella sensación de vacío y no prestaba i toda su atención al *Radiotak*? El repique era ya un rosario continuo de sonidos, casi un pitido apagado. A Rita, por curiosa coincidencia, debía sucederle lo mismo que a él. ¡Cuán intensa fue la mirada! No hablaron. Entonces su falta de palabras carecía de explicación y sin embargo...

-Rita, yo... Bueno. Dejemos esto. Por favor, póngase las gafas... y no sigamos portándonos como chiquillos. La misión que nos ha traído aquí es muy importante. Ahora se nos ofrece la primera posibilidad real desde que tomamos posesión del asteroide.

-Sí, capitán. Yo tengo la culpa -las ojos se humedecieron, empañando la límpida hermosura-. Discúlpeme.

Sandro dudó. Quería decir algo. ¡Dios, qué conflicto... teniendo a pocos pasos la criatura que irradiaba ondas radioactivas! Sacudiendo la cabeza, casi contra su propia voluntad, llevó la diestra a los sujetadores y los aflojó, echando el yelmo hacia atrás. Velozmente, se colocó las gafas provistas de ventosas y éstas quedaron adheridas, cubriéndole desde el entrecejo al caballete de la nariz. Volvió a cerrar la campana vítrea y ayudó a Rita, cuyos dedos temblaban.

-¿Tiene frío?

-No. Estoy:... nerviosa.

-Calma. El contador señala diez rojo. ¡Aparecerá de un momento a

otro!

Pegados a la pared, viviendo la tensión febril que les producía la espera y aquella reveladora turbación surgida entre ellos al mirarse a los ojos, aguardaron los acontecimientos mientras el contador silbaba agudamente y la aguja, impulsada por la sobrecarga de radioactividad, saltaba la raya del 10 y ascendía hacia el *top*, última cifra de la esfera.

Tenían la mirada fija en los jirones de niebla que bailoteaban ante ellos, los cuales, a través de las gafas *zulgen*, habían adquirido un tono gris perfectamente definido. Todo ocurrió en pocos segundos. El *Radiotak* convirtió el pitido en una melodía de altibajos, parecida a la onda sonora captada con *failing*, y el resorte del *top* marcó el chasquido de proximidad total. Atendiendo a las normas del funcionamiento, las proyecciones radioactivas fluían de una distancia no superior a cinco metros. Fue entonces, cuando su impaciencia bordeaba el paroxismo, el instante en que la criatura llegó a hacerse visible.

-¡Dios mío! -silabeó Rita-. ¡Es enorme, gigantesco!

Sandro no pudo articular palabra, porque el deseo de captar todos y cada uno de los detalles le impedía distraer la atención La niebla, mezclada con los rayos antiinvisibles *zulgen*, tamizaba su poder de revelado, difuminándolo, pero sin llegar a destruir las propiedades. Pudieron verlo casi a la perfección. Y la claridad se hizo mayor a medida que el visitante avanzaba, siempre con paso mecánico, en dirección a los dos terrestres.

-Es un robot... -musitó, al fin, Sandro-. Ahora me explico muchas cosas. Por favor, no se mueva, Rita. Quiero ver su modo de actuar.

Era un robot, sí. Pero distinto a las concepciones mecánicas inventadas en la Tierra. Básicamente, difería poco, puesto que su constitución metálica hasta guardaba estrecha semejanza a los servomecanismos del planeta patrio. Todo residía en el material empleado para construirlo y, desde luego, en la estatura verdaderamente colosal. Quizá llegaba a los dos metros y medio. Había esperado hallar habitantes vivos en aquellas condiciones, puesto que en Fymo, como advirtieron nada más desembarcar, apenas contaba con fuerza de atracción.

A mundos pequeños, con escasa atracción, habitantes voluminosos. El viejo teorema espacial demostraba de nuevo su exactitud. Poseía dos piernas con rodillas articuladas, y dos brazos, igualmente dobladizos. Los pies eran grandes, aplanados, y provistos de una capa porosa de cinco centímetros de espesor... ¡que no dejaba huellas en la tierra al pisar! Los brazos estaban rematados por manos de tres dedos, al extremo de cada cual se percibía una rosada protuberancia que debía corresponder a papilas de naturaleza adhesiva.

El cuerpo ofrecía un tono oscuro carente de brillo, con la opacidad característica del metal embadurnado con pintura antirradar. No ofrecía

salientes, sino que llamaba la atención por la lisura de las superficies, donde resultaba imposible distinguir las juntas de unión. Aquella uniformidad, que se arrugaba en los lugares donde el ser humano tiene las ingles cada vez que movía las piernas, convenció a Sandro de que la apariencia metálica era sólo ilusoria. No debía ser metal... o en el caso afirmativo, se trataría de una aleación de tipo elástico, desconocido en la Tierra.

La cabeza, maciza y casi cuadrada, atrajo al instante su interés. En lo que podía considerarse la frente de aquel rostro humano, resplandecía con fulgores verdosos, un redondo y fijo ojo electrónico. No tenía orejas, sino simples agujeros... quizá receptáculos auditivos que registrarían los sonidos para dejarlos indeleblemente grabados en el complicado cerebro positrónico que regía sus movimientos. La boca, asimismo, no era más que un orificio pequeño, redondo, cuyos labios estaban formados por un círculo distensible parecido a las bandas electromagnéticas. El robot no trabajaba de forma autónoma, y esto, quedó aclarado por Sandro cuando se halló a menos de dos metros de él. Recibía órdenes y controlaban su marcha a distancia.

-Tal vez desde la astronave situada en el bosque carbonífero -se explicó mentalmente.

La cabeza seguía siendo el objeto preferente de sus devaneos. En la parte superior del mondo cráneo, igual que dos cuernecillos de insignificante tamaño, fosforescían un par de puntos luminosos. Al principio, creyó que se trataba de dos luciérnagas artificiales, ya que la luminiscencia poseía el tono pálido característico. Mas bien pronto se convenció de su error. Aquello debía formar parte del sistema de control por fenómenos oxiluciféricos, no cabía la menor duda de que su misión en el cráneo correspondía a un cometido más complejo que el de simple adorno[6].

-¡Nos ha descubierto! -anunció Rita Ley casi pegando los labios al yelmo del joven.

-Sí -afirmó Sandro-. Aguardemos. Tengo especial interés en conocer los medios de que se valieron para capturar a los desaparecidos. Usted manténgase al margen de la cuestión. Voy a salir a su encuentro,

-¿Cuál ha se de ser mi actitud? Su prueba no debe llegar más allá de los límites prudenciales...

-Obre en consecuencia. Pero recuerde esto: Me interesa examinar a fondo el robot.

-¿Y si se apodera de usted y trata de salir del campamento?

Sandro Warren no escuchó la ansiosa pregunta o, simplemente, prefirió ignorarla. Lentísimamente, moviendo los pies con prodigioso cuidado, se fue apartando de la pared, donde Rita, aún paralizada por el estupor, asistía

a la fantástica escena. El robot había acortado los pasos y hasta sufrió una ligera variación cuando Sandro anduvo hacia él. Tal vez estaba dotado de sensibilísimos resortes que acusaban el más ligero desplazamiento del aire producido por cuerpos en movimiento. Menos de un metro les separaba. Se detuvo. El portentoso muñeco mecánico dejó de andar y el ojo electrónico parpadeó, guiñando en la noche.

El joven capitán asistía a sus variaciones con todos los sentidos alerta y los nervios crispados. La pareja de cuernecillos intensificó la luminiscencia, al tiempo que la cabeza giraba sobre el cuello y acababa enfocándole abiertamente. Le había visto, *sabía* que estaba a escasa distancia de él... ¡quizá se lanzaría al ataque enseguida!

Sandro había llevado la diestra a la pistolera, pese a que no entraba en sus cálculos emplear el revólver atómico. Un zumbido extraño, electrizante, flotó junto a él... ¡fluyendo del robot! ¿Qué significaba? ¿Cuál era su mágico poder? ¿Por qué el enviado mecánico seguía inmóvil, sin efectuar ningún ademán que denotase agresividad?

El ojo electrónico le fascinaba, atrayéndole hasta el extremo de no poder alejar la mirada de él. Hizo un esfuerzo, pero no consiguió dominar su voluntad. Intentó pensar en Rita Ley... y de pronto, en el colmo del asombro, se dio cuenta de que la había olvidado. Sus pupilas, adormecidas, no veían nada más que el maldito punto luminoso. Iba agrandándose, desorbitándose, haciéndose omnipotente y dominador. Los verdosos parpadeos se le clavaron en el cerebro, dejándolo inactivo. La noche entera se convirtió en la imagen de un parpadeo electrónico que paulatinamente iba quitándole la noción del lugar, tiempo y raciocinio.

-Hipnosis... -pensó trabajosamente-. Hipnosis... No es posible defenderse de él... No... ¡Oh, qué sueño más terrible!

¿Sueño? Dormir. Eso era, exactamente, lo que su cerebro le pedía con insistencia. Dormir... Luchó por mantenerse en pie. La tierra parecía hundirse y la cabeza le daba vueltas. Deseó con toda su alma alejar el maleficio y forzó las piernas para retroceder. ¡Estaba clavado allí, subyugado por el ojo maligno, vencido en toda la extensión de la palabra! ¡No podía mover ni un músculo!

Algo en su interior, quizá el innato instinto de conservación que siempre fue la nota dominante de su carácter, le hizo crispar la mano y logró, mediante un esfuerzo tan titánico que casi le resultó martirizante, despasar el broche de la pistolera.

Los dedos, como anestesiados, eran impotentes para extraer el revólver. Abrió la boca para gritar... ¡Ni un leve gruñido escapó de su garganta, donde les cuerdas vocales, faltas de la orden cerebral, se negaban a emitir sonidos!

Dormir, dormir... La obsesión de aquella idea acabó por invadirle. No

sentía sensaciones definibles; sólo un cansancio infinito, una laxitud agobiadora, sueño... Terrorífico sueño. ¿Flotaba en el espacio? Dejó de pensar. Hasta su mano derecha, inerte, cayó a lo largo del cuerpo. Luego, sin comprender lo que estaba haciendo, sus piernas se movieron y empezó a caminar muy despacio, tan mecánicamente como el robot, el cual, con matemática precisión, posaba los porosos pies encima e iba borrando las huellas que dejaba a su paso...

Rita Ley, que observaba escrupulosamente cuanto ocurría a tan poca distancia de ella, presenció toda la escena y la comprensión fue abriéndose paso en su ágil inteligencia. ¡Sandro Warren sufría las consecuencias de una fuerte hipnosis que le incapacitaba para tomar iniciativas propias! Vio su rígido envaramiento y el vano esfuerzo del joven por ahuyentar el yugo que le esclavizaba. Luego, girando pausadamente sobre sus talones, obediente a las órdenes mentales del robot, asistió a la total sugestión de Sandro, quien echó a andar delante del ente mecánico con movimientos tan desprovistos de flexibilidad como los de un autómata. No era difícil entender lo que sucedía. El capitán se hallaba en trance, desprovisto de voluntad y a merced de su captor.

Ambos pasaron por su lado, sin que advirtiesen su presencia. El robot levantó el brazo derecho y un blanquecino rayo de luz bañó a su prisionero desde la cabeza a los pies. Toda la figura adquirió entonces el tono oscuro característico del servomecanismo, haciéndolo tan borroso dentro de la niebla que, a no ser por las gafas *zulgen*, difícilmente hubiese podido percatarse de que seguía allí. Rita Ley dedujo la verdad. ¡El baño de luz no era otra cosa que un agente productor de invisibilidad!

Nadie podría ver a Sandro sin la ayuda de los lentes zulgen. De este modo, en silencio, sin dejar huellas, y con el terrestre sometido por completo a sus mandatos, se alejó en dirección a las cercas de *ferrocobrem*, animado por el deseo de abandonar el campamento y conducirle a la nave espacial.

-Empiezo a ver claro el misterio de las desapariciones -susurró Rita siguiéndoles a prudencial distancia-. Los soldados fueron capturados por el procedimiento hipnótico seguido con Sandro y salieron de la base sin que nadie descubriese su presencia en virtud de la invisibilidad. Ninguno pudo ofrecer resistencia, porque su voluntad fue anulada por el ojo electrónico. Lo siento, capitán -añadió resueltamente-. Ahora voy a desobedecer sus órdenes. Lo que acabo de averiguar es demasiado importante para echarlo en olvido y no permitiré que ese monigote acabe por privamos de un hombre tan decisivo como usted es para nosotros.

Corrió hacia el robot y se colocó a su izquierda, al tiempo que desenfundaba el revólver atómico y lo amartillaba con decisivo arrojo. El ruido de sus pasos debió señalar en el cerebro positrónico la proximidad de

una presencia extraña. Súbitamente, se inmovilizó. Sandro, erguido y ajeno a cualquier manifestación emocional, hizo lo propio.

-¡Capitán! ¡Capitán Warren! -llamó Rita-. ¡He venido a salvarle!

Sus alterados gritos no causaron el más mínimo efecto en el hipnotizado, quien parecía sordo a todo lo que llegase del exterior. Pero, en cambio, el efecto inmediato sobre el robot fue relampagueante. La colosal cabezota dio un cuarto de giro... ¡y la luminiscencia de los cuernecillos fosforescentes, aumentó enseguida! Rita, preparada para afrontar cualquier contingencia, quitó el seguro del arma y alzó el brazo, apuntándole a la frente. Un zumbido monótono, susurrante y estremecedor, fluyó de la máquina. La muchacha comprendió que se proponía emplear el mismo sistema defensivo contra ella, y, a su pesar, sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo.

El ojo electrónico, parpadeando, la enfocó con furia, atrayendo sus miradas y llevando la confusión a su mente. Una sensación de vacío y cansancio se apoderó de todo su ser. Quiso pensar en Sandro, deseó, ardientemente, sacudirse aquella somnolencia pegajosa... ¡y comprobó, horrorizada, que le era imposible apartar los ojos del magnético punto luminoso!

-No... No... ¡No! -le gritó una vocecilla desde el fondo del corazón-. ¡Dispara! ¡Dispara, Rita, o no podrás hacerlo jamás!

Tenía que accionar el gatillo. ¡Era necesario a toda costa! Sandro, igual que una estatua inanimada, seguía petrificado en el mismo lugar, con la mente en blanco, inofensivo, tal vez aguardando la orden del robot para reanudar la marcha hacia la salida del campamento. Y ella, la única persona que podía descifrar el enigma y librarle de los horrores de un despiadado cerebroanálisis... ¡sentía los dedos tan anquilosados que le era imposible apretar el gatillo! El ojo electrónico brillaba y brillaba, emitiendo centelleos breves, ocupando el pasado, presente y futuro de la encantadora y joven intérprete...

-¡Dios mío! -jadeó-. ¡Dame fuerzas...!

Iba a desvanecerse. Lo presentía. El sueño, aquel horripilante sueño mental, estaba derrotando su anhelo por salvar a Sandro. Quiso correr hacia el cuerpo de guardia, alejarse de allí, gritar... ¡Imposible! La mano, crispada, apretaba la culata con tanta fuerza que le dolían los nudillos. ¡Dispara, Rita! ¡Dispara!

-Quieto, terrestre.

¿Era una voz? ¡No! ¡Sólo una orden cerebral que le traspasaba la masa encefálica y transmitía vibraciones eléctricas en todo lo largo del espinazo! Pero ella la oía... ¡La escuchaba dentro de su ser! ¡Y no tenía valor para oponerse a ella!

-Tú no quieres hacerme daño -añadió el mandato-. Somos amigos.

Obedece. Sueño. Deseas dormir. Dormir.

Dormir... Sí; lo deseaba. Con ansia, con demencia, desenfrenadamente... Su mente era un campo estéril. Lo olvidó todo. ¡Oh, Dios, qué abrumadora pesadez la de sus miembros! Bajó la mano, lenta, muy lentamente. El zumbido, el ojo electrónico, la hipnosis mental... El brazo, laxo, cayó pesadamente y el revólver no fue disparado. Se volvió mansa, sumisa, sin un ápice de rebeldía. Sus piernas se movieron y comenzó a andar. ¡Andaba en pos de Sandro! ¡Capturada por el hipnótico robot de Fymo!

Luego, tal vez después de haber transcurrido la eternidad entera, una conmoción brutal la sacudió con inusitada violencia, flagelándola, lo mismo que si un cohete teledirigido le hubiese desintegrado en millones de partículas orgánicas. ¡La horrenda pesadilla había terminado! Pero... ¿seguiría aún con vida para poderlo contar?

CAPÍTULO VI
ENEMIGOS HIPNÓTICOS

La impaciencia es mala consejera y cuando el hombre inquieto posee, además, sangre ardiente en las venas, no tarda en adueñarse del temperamento e impulsarle a cometer las más descabelladas empresas. Clifford, el belicoso astrobiólogo era, como ya había demostrado a lo largo de su permanencia en el *Grupo Diamante*, un hombre efectivamente impaciente. Desde que Sandro abandonó el cuerpo de guardia para ir en busca de Rita Ley, no cesó de retorcerse las manos, jurar entre dientes y mirar acusadoramente a Charlie Falk. Los minutos se hacían eternos para él y, en consecuencia, aumentaba su inquietud. Estaba tan agitado que al fin Edwards comentó:

-¿Por qué no se toma un calmante, Clifford? Sus nervios acabarán por dar un estallido.

-Lo que necesitan mis nervios es actividad, no calmantes -replicó malhumorado-. Ese tonto de Sandro ha salido dispuesto a hacer el héroe... y nosotros somos tan estúpidos que lo hemos permitido. ¡Voto a las prónubas marcianas! ¡Y todo por culpa de un negligente que no sabe cumplir con su obligación! ¡Siento tentaciones de darle un puntapié!

-Estoy avergonzado de lo ocurrido, señor -musitó el teniente Falk-. ¡No sé cómo pude olvidarlo tan absurdamente! Yo hubiese ido muy gustoso en lugar del capitán para...

-¡Cállese -rugió Clifford-. ¡Y aprendan todos de una vez a obedecer! ¿Es que no tienen confianza en Sandro? ¡Él sabe por qué da las órdenes! Ojalá fuesen todos simples máquinas sin capacidad pensante. Creo que sería el único modo de evitar las consabidas disculpas de siempre.

-No lo hice a propósito, señor Clifford. He servido varios años al capitán Warren y le aprecio como a un hermano. Jamás he cometido faltas graves y...

-¡Al diablo con sus lamentaciones! Lo cierto es que hace bastante tiempo que salió de aquí y aún no ha regresado. Acabaré volviéndome loco de tanto pensar en ello. ¡Si tiene algún tropiezo por su causa le voy a deshacer el cráneo! ¡Por cien mil reglas yatrofísicas! ¡Ahora mismo debía empezar a darle su merecido!

Charlie Falk había palidecido por el esfuerzo que le costaba mantenerse sereno y Donald, previniendo una violenta discusión, intervino.

-Bueno; basta de gritos... -dijo perdiendo su clásica apacibilidad-. Charlie se ha equivocado y nos pide perdón. ¿Qué más puede hacer? Cierra la boca, Clifford. Te estás poniendo en ridículo.

-Ridículo, ¿eh? ¡Aprecio a Sandro más que todos vosotros juntos y sé que los grandes planes fracasan por descuidos aparentemente tan

insignificantes como éste! Ahora teníamos la ocasión de llegar al fondo del asunto y explorar a conciencia. Me pongo en ridículo, ¿verdad? Pues escucha lo que voy a decirte, engreído botánico...

-Silencio, por favor -pidió, alterado, Andy Nogler-. ¡Los soldados comunican que acaban de descubrir a uno de los visitantes! ¡Quieren traerlo hacia la casa!

Era una noticia demasiado estupenda para que hiciesen caso omiso de la misma. La tormenta que se avecinaba entre Clifford y Donald por meterse a redentor, se calmó en un instante y todos prestaron atención a las apresuradas palabras del piloto, que seguía informándoles a instancia de sus peticiones.

-Sí... ¡El soldado Clark acaba de verlo con sus propios ojos! Avisó a su compañero más cercano, Steve, quien me transmite las noticias. Ahora me está diciendo que es... -Andy Nogler desorbitó los ojos-. ¡Un robot de más de dos metros de altura!

-¡Un robot! -exclamó Clifford poniéndose en pie de un salto-. ¡Balas alcanfóricas! ¡Qué descubrimiento!

-¡Silencio! -exigió Andy Nogler-. Hay más noticias... Ahora me dice que... ¡Bravo, Clark, tráelo hasta aquí!

-Habla de una vez, Andy. ¿Qué pasa? -apremió Lawrence, estrujándose las grandes manos y haciendo crujir las falanges-. ¡No te calles, por Cristo vivo!

-Steve ha presenciado toda la escena -siguió Andy Nogler-. El robot se acercó a Clark por la espalda y éste no hubiese advertido su presencia a no ser por el aviso del *Radiotak*. Al volverse, localizó la enorme masa que llegaba gracias a las gafas *zulgen*. Steve me dice que está tratando de colocarse delante de él y que algo parpadea en su frente... ¡Un ojo electrónico, eso es lo que cree Steve! ¡Parece que...!

-¡Vamos, habla!

-Silencio, silencio... -suplicó Andy-. Muy bien, muchacho -aplaudió por el micrófono-. Es una gran idea. Sígueles a distancia.

Charlie Falk se mordía los puños. Edwards y Donald conservaban la tranquilidad a duras penas. Lawrence, apretándose la cabeza con las manos, respiraba igual que un fuelle. Los soldados de guardia esperaban las órdenes con la expresión de avezados perros de presa. Y Clifford, rumiando maldiciones, alcanzó el yelmo vítreo y empezó a ponérselo mientras la atención de los presentes seguía acaparada por la excitante emisión.

-El robot quiere situarse cara a cara con Clark... -dijo Andy-, ¡Está claro como el agua su intención de dominarle! Pero Clark ha dado media vuelta y viene hacia el cuerpo de guardia, seguido por él... Steve transmite ahora a los demás puestos para que nadie intercepte el paso... ¡Se encuentran cerca de nosotros!

-¡Apaguen las luces de *licuoneón*! -ordenó Charlie Falk haciéndose cargo del mando-. ¡Preparen la trampa posterior para cazarle cuando entre en la casa! ¡Todos deben guardar silencio absoluto!

Clifford apretó los sujetadores y giró la llave para dar entrada al oxígeno. Estaba ajustándose el cinto del que pendía el revólver atómico, cuando el impasible Donald posó una mano en su hombro.

-¿Qué temes?

-¿A dónde vas?

-No puedo seguir con los brazos cruzados -replicó el astrobiólogo-. Sandro tarda mucho. Además, alguien tiene qua darle la noticia. Iré a decírselo.

-¿No sería mejor esperar? Estamos a punto de atrapar al autómata y...

-Gozad vosotros del espectáculo. ¡Me dice el corazón que Sandro necesita alguien a su lado!

¿Qué temes?

-Nada -Clifford se desprendió de la mano-. Adiós.

-Un momento, señor Clifford. No le dejaré salir ahora. Podría estropear la cacería...

-¿De veras, Charlie? Si algo salé mal, no será por culpa mía, se lo aseguro. Veré a ese muñeco antes de que me descubra y soy lo bastante mayorcito para saber que no debo meterme en su camino hacia la trampa. Échese a un lado, teniente. Digo que voy a salir... ¡Y salgo!

El impulsivo carácter de Clifford siempre había causado respeto a cuantos le conocían en la Base Lunar. Sandro Warren era la única persona a quien acataba y obedecía cuando una idea le dominaba con insistencia. Charlie Falk dudó. Y Clifford, empujándole hacia atrás, abrió la puerta de la casa y saltó a la noche, siendo tragado por la niebla.

-Corre, corre, corre...

Sus largas piernas se movieron con rapidez y avanzó saltando fantásticamente sobre el ingrávido suelo. La agilidad de movimientos, casi exentos del lastre gravitatorio, favorecía la velocidad de la marcha y no tardó en hallarse frente a la línea de barracones que formaban los alojamientos. El latido de su corazón repetía de forma contundente aquella palabra torturante.

¿Por qué saltaba tan acaloradamente? ¿Qué le obligaba a sentir la angustiosa inquietud? Nadie. No podía explicar lo que estaba sucediendo dentro de él. Pero lo sabía. Estaba seguro de que Sandro necesitaba su ayuda. ¿Corazonada? ¿Presentimiento? ¡No importaba! Había algo siniestro en aquel tic-tac jadeante de su respiración.

-Corre, corre, corre... ¡Corre, Clifford!

¿Por qué? El silencio era augusto, claustral, inmenso. La niebla desdibujaba los objetos y las gafas *zulgen* no revelaban nada anormal hasta

el momento. Ya casi estaba junto al barracón que ocupaba Rita Ley... ¡y seguía sin rastro de Sandro! Dio un nuevo y poderoso brinco. Antes de que sus pies se posasen en tierra, un grito histérico, horrorizado, le erizó los cabellos y dejó helada su sangre.

-¡Capitán! ¡Capitán Warren! ¡He venido a salvarle!

Una sacudida interior le sobresaltó. ¡Rita Ley gritaba! Tomó impulso y corrió como un gamo alado, frenético de emoción. ¡La corazonada acababa de confirmarse! ¡Algo terrible le había sucedido a su entrañable amigo a juzgar por los agudos chillidos de la muchacha!

Perdiendo el último vestigio de cautela y olvidándose por completo del *Radiotak*, lo metió en un bolsillo y desenfundó el revólver atómico, decidido a originar una batalla si los peligros que imaginaba se convertían en realidades. El repique apagado, ahogado por la tela, le advirtió que entraba en una zona donde flotaban ondas radioactivas. ¡Ya no ran posibles las vacilaciones! Sandro y Rita Ley debían hallarse próximos a él... ¡acompañados por uno de los robots enemigos!

Todo lo vio en un segundo, revelándose ante él como una visión espantosa, al tiempo que el registro sonoro del contador activaba el tictaqueo. No necesitó valerse del mismo para averiguar la dirección por la que fluía la radioactividad, ya que las gafas zulgen le permitieron apreciar lo que estaba ocurriendo. El gigantesco robot resaltaba a causa de su estatura y junto a él, trágicamente paralizados, descubrió a los dos pigmeos terrestres.

Más que el hecho de verlos, contribuyó a aturdirle la extraña actitud de ambos. No estaban muertos y, sin embargo, lo parecían. Sandro, tieso como un huso, permanecía de espaldas a Rita Ley, la cual, con los lindos ojos semicerrados y la faz pálida, se comportaba de un modo absurdo. La pistola que amartillaba en su diestra dejó de apuntar al robot y casi enseguida, sin resistencia de ninguna clase, la joven intérprete se situó junto a Sandro y ambos iniciaron la marcha hacia los linderos del campamento. El servomecanismo les siguió pausadamente, bamboleando el enorme corpachón al andar. Clifford observó que su pupila electrónica frontal dejaba de parpadear y adquiría un tono luminoso fijo y pálido, inofensivo.

Inofensivo... Aquella palabra quedó danzando en su mente y le llevó, estruendosamente, la aclaración deseada. ¡Hipnosis teleproducida! ¡Naturalmente! Ahora comprendía por qué Rita bajó la mano y no llegó a disparar sobre él. Estaba convencido de que su intención era hacer todo lo contrario en el momento de lanzar el grito que sirvió para orientarle hasta allí. Pero después le fue imposible... ¡porque había sido hipnotizada y convertida en un ser carente de voluntad!

Tenía que actuar sin dilación. El robot y sus prisioneros se alejaban, desapareciendo en la niebla. Recordaba bien las palabras de Sandro, quien

ordenó capturar vivo al enemigo para proceder a su examen. No obstante, las borró de su pensamiento y decidió jugárselo todo a una carta. Tal vez su amigo pondría el grito en el cielo cuando recobrase la claridad mental. Pero Clifford jamás permitiría que la siniestra máquina llegase a alcanzar su objetivo.

Avanzando en silencio, con el índice firmemente curvado en torno al gatillo, llegó a colocarse a unos cinco metros del autómata gobernado por control remoto. La visibilidad era casi excelente a tal distancia. Sandro y Rita seguían caminando y el espectáculo de su impersonal marcha lastimaba los sentimientos del astrobiólogo, tan vivamente que no pudo evitar un juramento de ira. Artes de que la voz se extinguiese, un sordo zumbido brotó en torno a él y el robot, dejando de mover las sólidas piernas, empezó a volverse en la dirección del sonido.

Clifford mantuvo el arma amartillada, aunque sin dejar de observarle. Vio su cabezona monstruosa, girando por el cuello, y el ojo electrónico, adquiriendo luz, parpadeó. Sin saber por qué se noto motivo su mirada quedó presa en él y comprendió al instante que ya no podría apartarla de allí.

¡Hipnosis! Desarrolló toda la enorme fuerza de voluntad de que estaba dotado y sólo de este modo, agobiadoramente, logró encauzar la atención hacia el deseo de acabar cuanto antes.

Los resultados del parpadeo no tardaron en dejarse sentir y un progresivo mareo le nubló el ánimo. Dejó de pensar en Rita y Sandro. Sintió que sus energías iban abandonándole y apretó el gatillo afanosamente, pugnando por resolver aquella enojosa papeleta, debatiéndose entre el instinto y la sugestión. Apenas se molestó en apuntar, porque el blanco se hallaba demasiado cerca para fallar, y, además, la cabeza retenía de tal forma su mirada que hizo fuego sobre ella inconscientemente.

Un níveo chispazo alumbró la noche con relampagueante intensidad y la humosa expansión de los gases borró a medias la figura del robot. La dantesca descarga lo hizo oscilar como un péndulo y luego, al disiparse la nube, vio que la gruesa testa había sido desintegrada y la máquina, decapitada, se desplomaba de espaldas grotescamente.

Aún debieron transcurrir unos minutos antes de que recobrase el pleno dominio de su personalidad. Se habló a sí mismo murmurando incoherencias y con el revólver presto para repetir el tiro. La noche poseía otra vez el típico silencio. Ni zumbidos, ni parpadeos malditos, ni opresivos terrores. Olvidándose momentáneamente del enemigo, buscó a sus camaradas y anduvo hasta ellos con la inseguridad de un beodo. Rita Ley había caído de bruces y Sandro, arrodillado, sacudía la cabeza a izquierda y derecha como para aclarar-el caos mental que debía llenarla.

Sus cuerpos resaltaban ahora claramente, dotados del relieve y color característicos. Volvían a ser visibles. Con la destrucción del robot habían sido eliminadas todas sus maléficas influencias.

-¡Sandro, amigo! ¿Cómo te encuentras?

El joven capitán le miró y no hizo nada por disimular su confusión. Seguramente, no podía asociar su presencia con ninguno de los débiles recuerdos que aún conservaba su inteligencia.

-Hola, Clifford -murmuró por último-. ¿Qué... qué es lo que ha ocurrido? Dímelo, por favor. He sentido el mismo terror que si el Universo entero hubiese estallado en mi cabeza.

-Tranquilízate. Todo pasó ya. Lo comprenderás dentro de un momento. Solamente estabas hipnotizado.

-¿Hipnotizado? ¡Eso es absurdo!

Rita Ley se movió y emitió un suspiro. Clifford tendió sus manos a Sandro para ayudarle a ponerse en pie, y se aproximó a la muchacha. Ella, constitucionalmente más frágil, aún no estaba repuesta del choque emocional. En realidad, el astrobiólogo vio entonces con toda magnitud el gran peligro a que estuvieron sometidos y se maldijo por su falta de prudencia. Ambos habían pasado del trance al estado normal sin transición y sólo por un verdadero milagro se salvaron de sufrir lesiones cerebrales. Sandro no podía explicarse por qué Rita estaba a su lado y fue el astrobiólogo quien, deduciendo, aclaró sus dudas.

-Es cierto -admitió el joven cuando la lucidez volvió de nuevo a su mente-. Ahora empiezo a recordar lo sucedido. Descubrimos el robot por la radioactividad y yo me propuse hacer un experimento para aclarar el misterio de las desapariciones. Le dije al soldado Ley que se mantuviese al margen y luego... Bueno; ignoro todo lo que pasó después.

-Ella nos lo dirá, ¿verdad Rita? -dijo Clifford-. Esfuércese en recordar.

-Ya lo hago... Sí; tiene sentido lo que usted dice, señor Clifford. Fue hipnosis lo que paralizó mi razón. Cuando vi que el capitán Warren trataba de extraer el revólver, comprendí que algo imprevisto le obligaba a buscar la solución por el camino de la violencia. No obstante, siguió inmóvil, cada vez más rígido y entonces llegué a la verdad de la situación. Tratando de salvarle, desenfundé el arma y apunté al visitante. Cometí el error de atacarle cara a cara y antes de que pudiese darme cuenta de lo que sucedía quedé presa en la luz del ojo electrónico. Esa equivocación estuvo a punto de sernos fatal.

-Por fortuna gritó usted y yo escuché su grito -agregó Clifford enlazando el hilo de la reconstrucción-. Llegué a tiempo para verles a ambos indefensos y también adiviné que la hipnosis era la causa. Pero cometí la misma equivocación que ustedes, porque cuando disparé mi cerebro trabajaba ya bajo la influencia del hipnotismo. ¡Masas dispersas!

¡Nuestros enemigos son un hueso duro de roer!

-Siento que hayas destrozado su cabeza -se lamentó Sandro-. Hubiésemos averiguado muchas cosas.

-No tenía otra alternativa, muchacho -dijo Clifford-. De todas formas, aun admitiendo que no es lo mismo, podemos estudiar sus restos. Desde luego, es bastante lo que sabemos. ¡Robots hipnóticos! ¡Por todos los yacimientos de uranio, esto marcha como una seda!

-Vamos a echarle un vistazo -propuso Sandro-. Me encuentro como nuevo. ¿Y usted?

Rita afirmó con la cabeza, aunque indicando que se sentía todavía bastante nerviosa, y los tres anduvieron hasta donde yacía el robot, de cuyo cuello, ensortijadas, escapaban delgadas volutas de blanco humo. Algunos cables conductores, un plano giratorio que debía ser el sistema rotatorio empleado para darle movimiento y varios electrodos fundidos, todo ello espantosamente retorcido, era cuanto quedaba de la antes hipnótica cabeza. Clifford y Sandro se arrodillaron ante los restos y miraron con gran curiosidad la parte del cuerpo no dañada por el proyectil atómico.

La vida toda había acabado para la máquina, lo cual era signo evidente de que el cerebro positrónico constituía el fundamental *motor* de ella. Examinaron los miembros y probaron a moverlos, sin conseguirlo. Estaban agarrotados. La materia empleada para su construcción poseía solidez, auténtica dureza, y, sin embargo, era flexible en las partes donde el juego se hacía obligatorio.

-No parece metal -dijo Sandro-. Aunque suena igual que una plancha de aluminio -añadió después de golpearlo con los nudillos.

-Es plástico -declaró Clifford-. No me equivoco, Sandro. Lo que sucede es que debe haber sido licuado mediante procedimientos parciales desconocidos por nosotros... o bien se encuentra así en el seno de esta tierra...

-¿Lo crees posible? ¿Igual que un mineral?

-Tal vez. Hace un par de días, Donald descubrió una variedad gigantesca del árbol productor del caucho. Tuve ocasión de comprobar las muestras extraídas. ¡Pitecántropos insectívoros! Aquel caucho era de una solidez mayor a la del hierro... ¡y extraordinariamente gomoso! Sé que no existen las cosas sobrenaturales. Tú nos lo has dicho infinidad de veces. Pero, por otra parte, es innegable que en el planetoide Fymo haremos descubrimientos tan notables como el caucho mencionado... o esta paradójica plancha de naturaleza metaloplástica.

-El trabajo de elaboración corresponde al laboratorio. Daré instrucciones a los hombres para que emitan su informe antes de la próxima noche. Si las visitas se repitieran, quiero vencer a estos bicharracos mecánicos, sin usar las armas atómicas...,

-Alguien se acerca -advirtió Rita Ley-. ¡Escuche sus pasos, capitán!

Sandro prestó atención y, en efecto, no le fue difícil percibir los sonidos propios de quien se aproxima. El golpear de los pies sonaba espaciado, a intervalos, aunque cada vez más cercano. Esto le dio a entender que se trataba de un terrestre, el cual avanzaba a saltos aprovechando la circunstancia de su pequeño volumen. Pese a ello, escarmentado por la lección recibida, acercó la mano a la pistolera y no la retiró hasta que la conocida voz de Charlie Falk quebró el silencio a gritos.

-¡Capitán! ¡Capitán Warren! ¿Me oye usted?

-Sí, Charlie. Siga en línea recta -respondió Sandro incorporándose-. ¿Hay novedades?

-¡Por aquí, teniente! -orientó Rita Ley.

-¡A sus órdenes, señor! -dijo Charlie poco después-. ¡Ya lo creo que hay novedades! ¡Ha caído en la trampa uno de los robots de Fymo!

La noticia les cogió desprevenidos, dejándoles momentáneamente sin habla.

-¡Cáspita! -exclamó el joven.

-¡Estrellas lactescentes!-aulló Clifford-. ¡Estupendo! En la excitación de los últimos instantes había llegado a olvidarme de que en el cuerpo de guardia esperaban la llegada del robot localizado por Clark.

-Le felicito, Charlie -premió Sandro emocionado-. ¿Cómo sucedió?

-Tal como estaba previsto. El soldado Clark lo atrajo hasta el cuerpo de guardia y se metió él solito en el pozo. Luchó denodadamente por salir de allí, pero nosotros le mantuvimos prisionero de una forma sencillísima... e inesperada.

-Vamos, muchacho... ¡Diga cómo lo hicieron!

-No podría imaginarlo nunca. El ingeniero Lawrence tuvo una inspiración genial. ¡Y simple como una operación de matemáticas elementales! Ni él mismo comprendió la importancia del descubrimiento hasta pasado el primer minuto de estupor. Le bastó una linterna.

-¿Cómo?

-Lo que oye, señor. Al enfocarle la cabeza con la luz... ¡retrocedía!

-Debí suponer algo así -suspiró Sandro-. Ahora comprendo sus infinitas precauciones para atacar en la oscuridad. Es extraño tratándose de máquinas... aunque después de esto no cabe negar que los fenómenos luminosos influyen en nuestros enemigos.

-Precisamente por ser máquinas encuentro más justificado su pánico.

-¿Pánico? Hablas de los autómatas como si fuesen seres dotados de reacciones anímicas.

-Lo son en muchos aspectos -insistió el astrobiólogo-. Todas las partes de su cuerpo han sido construidas y montadas para lograr el máximo de fidelidad. Imagina que el inventor grabó en su cerebro positrónico la idea

fija de atacar sólo de noche, cuando no existe luz, en plenas tinieblas. ¡Por eso son nictálopes, Sandro!

-Nada cuesta aceptarlo. Sigue.

-Un ser humano, humanoide, extragaláctico o como quieras llamarlo, no temería nada de un haz luminoso tan inofensivo como el producido por una linterna. Pero la máquina, precisa, exacta y eficaz... ¡huye de la luz, porque en su cerebro artificial impera la orden de que *sólo en la oscuridad realizará su cometido*! ¿Qué opinas?

-Quizá -decidió Sandro tras un segundo de duda-. Bien, Charlie. Acompáñenos al cuerpo de guardia. ¡Estoy ansioso por verle!

-Oiga, capitán... -empezó el teniente, reparando por primera vez en los despojos del robot-. ¿Es otro de ellos?

-Sí. Clifford nos salvó de caer en sus garras y correr la misma suerte que Foran Ymo y los demás. Su actuación fue muy oportuna. ¡Muy oportuna! Y celebro infinito que hayan capturado al otro. Ahora podremos analizar hasta el último tornillo de su cuerpo.

-Yo iré delante -se ofreció Charlie, enarbolando el *Radiotak*-. Puede haber alguno de sus compañeros al acecho.

-No es necesario. Abandonen las precauciones -sonrió Sandro Warren-. Nuestros enemigos han debido alejarse del campamento... esta vez chasqueados por completo, puesto que su incursión ha sido un verdadero fracaso.

-¿Cómo lo sabes...? -empezó Clifford.

-Mirad allí.

Siguiendo el índice del capitán, descubrieron la espléndida luz que brillaba en el almacén, la cantina y el cuerpo de guardia. Al instante, quedando en silencio, escucharon el alegre zumbar de los generadores eléctricos, los cuales, libres de la influencia de los neutralizadores enemigos, suministraban fluido con normalidad.

-Vaya, vaya... -canturreó el astrobiólogo-. Eso significa que la nave de Fymo ha emprendido el regreso a su cuartel general. No quisiera estar en la piel de los astronautas cuando expliquen a su jefe supremo lo mal que les han ido las cosas por nuestro territorio. Creo que si vuelven, emplearán una táctica francamente ofensiva.

-Viviremos alerta y serán bien recibidos -prometió Sandro-. Andando. Aún queda noche bastante para examinar a nuestro prisionero con todos los honores. ¿Está ya más tranquila, Rita?

La muchacha, que miraba fijamente las luces eléctricas, se sobresaltó al escuchar la recia voz del joven... llamándola por su nombre. Creyendo que habría sufrido una nueva equivocación, y no queriéndole dejar en evidencia ante sus hombres, susurró:

-Sí, capitán. El soldado Ley ya está tranquilo.

-No hay error esta vez -aclaró Sandro de buen humor-. Dije Rita... y creo que me será difícil poderla llamar de otro modo a partir de ahora.

-Pero...

Sandro le tendió la mano y ella, mirándole con los grandes ojos muy abiertos, la aceptó.

-¿De acuerdo, Rita?

-De... de acuerdo, señor.

-En marcha, pues. ¡El hombre mecánico de Fymo nos espera!

Pero había algo más que también les estaba esperando. Al día siguiente, Sandro recibiría la más espeluznante sorpresa de su vida. Una persona iría a buscarle y él la recibiría con los brazos abiertos. Sin embargo, aquella persona -a la que suponía muerta desde varios meses antes- se comportaría de un modo abyecto. Sí. Foran Ymo, a muchas millas de distancia del campamento, estaba recibiendo órdenes en aquel momento. Órdenes del monstruo jefe que regia los destinos de aquella tierra de enigmas. ¡Órdenes de destrucción, de aniquilamiento, de muerte sin piedad!

FIN

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1 en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La Abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos Mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el Mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White.*
28.—Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*

38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta, *G. H. White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Wnters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Grandson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*



53

Le ha parecido asombroso, ¿verdad? Una novela cuyo argumento es tan escalofriante que supera a la misma fantasía. Eso es lo que piensa usted porque todavía no ha leído

ASTEROIDE MALDITO

donde culmina la acción de la «Tierra de enigmas», consagración definitiva de un notable autor en el género futurista.

JOE BENNET

ha escrito, en exclusiva, el relato más portentoso que pueda soñarse. En esta obra, sin precedentes, los expedicionarios terrestres viven la culminación de sus aventuras en Fymo. Le anticipamos que el desenlace dejará honda huella en su imaginación, porque

ASTEROIDE MALDITO

es una historia difícil de olvidar, obsesionante y pavorosa. ¡No deje de adquirir el próximo número! ¡Verá resueltos, en forma magistral y científica, los problemas que rodean este mundo diabólico!

Confíe en la certera selección que es norma inalterable de la

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** *pesetas*

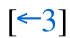
Notas

[←1]

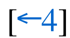
Para mayor comprensión del lector, le aconsejamos lea FYMO, NUEVO MUNDO, número 52 de esta colección.

[←2]

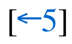
Estas pastillas, según se explica en FYMO, NUEVO MUNDO, permiten respirar a los humanos en las atmósferas poco ricas en oxígeno.



Cinco días de Fymo. Recordamos al lector que el período diurno-nocturno tiene en este nuevo mundo una duración de 46 horas terrestres.



Triásico, Jurásico y Cretáceo.



Contracción de la voz inglesa invisibility (invisibilidad).



La luminiscencia de las luciérnagas está producida por una substancia denominada *luciferina* y el catalizador llamado *luciferasa*. Expuestas ambas substancias a la acción del oxígeno, forman la *oxiluciferina*, que da como resultado la luz.